

SEMANARIO
PUNK



Directorio

DIRECTOR GENERAL

ARMANDO NORIEGA

EDITORAS

DANNYA AYALA

ADRIANA ROMERO-NIETO

CONSEJERO EDITORIAL

JESÚS NIETO RUEDA

COORDINACIÓN GENERAL

BRENDA ARIAS

FOTOGRAFÍA

JORGE YEICATL

DENISSE UREÑA

XIMENA BADILLO

VERONICA ROJO

PERIODISMO NARRATIVO

ARTURO MOLINA

PENSAMIENTO CRÍTICO

VANESSA MENDEZ ESPINOSA

COMUNICACIÓN Y RP

SANDRA PERALTA ESPINOSA

PROYECTOS CULTURALES

ELIZABETH MUÑOZ

DISEÑO WEB

JOEL OSSORIO

DISEÑO EDITORIAL

JOEL OSSORIO

ARMANDO NORIEGA

REDES Y ESTRATEGIA DIGITAL

ARIATNE CUAVAS





INDICE

08

LA MARCHA APARTIDISTA

ARTURO MOLINA

13

PAPÁ SOLTERO

ALEJANDRO GONZÁLEZ CASTILLO

16

LA MODELO DE PLAYBOY QUE NO ENVEJECERÁ NUNCA

ARTURO J. FLORES

20

IZQUIERDAS CHIQUITAS

SONIA YÁÑEZ

22

REFORMA DE NOCHE

FRANCISCO SANTOYO PÉREZ

28

FOTORREPORTAJE

ANTES DEL AMANECER

35

LAS NUEVAS IZQUIERDAS

RENÉ TORRES-RUIZ

38

¿ESTAMOS ANTE LA VERDADERA TRANSFORMACIÓN O SOLO ES ADMINISTRACIÓN DEL PODER?

VANESSA MENDEZ

44

LAS MUJERES EN LA MÚSICA CLÁSICA

GEORCELY TREJO ARROYO

46

LA IDEOLOGÍA, UNA CARACTERÍSTICA MÁS DE TU PERSONA

ERICK SALDIVAR





49

EL ESPECTADOR
HIRAM RUVALCABA

52

EL FUEGO VIVO DE LAS POETAS BEAT
JESÚS NIETO RUEDA

54

PANDINUS IMPERATOR
MARIANA MONCADA DELANDA

58

LA SEXUALIDAD DE LAS PLANTAS
EDUARDO ROJAS REBOLLEDO

63

FERAL
MÓNICA GAMEZ

64

DE SEGUNDAS VUELTAS
CLAUDIA DUCLAUD

69

JUEGO CON LA CARA DEL POETA
ESSAÚ LANDA

72

ENTREVISTA CON SOFÍA COMAS
ARMANDO NORIEGA

77

MATILDE LANDETA
GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

MÁS VIVOS QUE NUNCA

Hace tres años dejamos de publicar.

La revista se detuvo por razones concretas: trabajo, tiempo, desgaste y la decisión de concentrarnos en otro proyecto editorial que en ese momento exigía toda la energía. El contexto volvió inviable seguir como lo hacíamos. No fue falta de ideas ni de voluntad. Fue una pausa forzada.

Hoy regresamos.

Semanario Punk vuelve como revista digital gratuita y como un medio independiente que no pretende agradar. No estamos aquí para seguir tendencias ni para producir contenido rápido. Nos interesa el fondo, el conflicto y el contexto.

Publicamos sobre música, literatura, cine, arte, fútbol y temas sociales porque entendemos la cultura como un territorio político, emocional y colectivo. El fútbol no es solo un espectáculo. La música no es solo entretenimiento. La literatura no es un lujo. Todo dialoga con la realidad que vivimos.

Este medio no busca neutralidad ficticia ni discursos efímeros. Nos interesa la mirada crítica, el periodismo narrativo y las historias contadas desde la experiencia, desde lo que se vive y se contradice. Escribir desde la calle, no desde el escritorio.

Aquí no prometemos objetividad aséptica ni verdades cerradas. Prometemos trabajo honesto, criterio editorial y textos que asuman una postura. Sabemos que no todo gustará. No es el objetivo.

Este primer número existe gracias a quienes sí estuvieron, escribieron, editaron, discutieron y empujaron para que esto saliera. A ellos, gracias.

El resto está en tus manos: leer, cuestionar, compartir o cerrar la página.

Esto apenas empieza.



DIRECTOR GENERAL

Y LLEGÓ EL DÍA EN QUE EL RIESGO
DE PERMANECER CERRADA EN UN CAPULLO
FUE MÁS DOLOROSO QUE EL RIESGO
DE FLORECER

—Anais Nin

PERIODISMO NARRATIVO

BRINCAR EL CERCO:

LA MARCHA “APARTIDISTA”

POR ARTURO MOLINA

Su mirada es una daga fulminante, en medio de nosotros se levanta un muro de tensión, como las bardas que están intentando derribar frente a Palacio Nacional. No alcanzo a pedirle algunas palabras aunque tengo el micrófono listo, yo pensé que brincaría en cuanto le hablara, pero no sucede nada, sonrío con una malicia juguetona y en el momento que parece decir algo, otro güey

encapuchado lo jala del brazo. “Córrele, ya tiraron allá –señala hacia el centro de las vallas metálicas–, y recuerda que debemos ser cuidadosos”.

“CÓRRELE, YA TIRARON ALLÁ – SEÑALA HACIA EL CENTRO DE LAS VALLAS METÁLICAS–, Y RECUERDA QUE DEBEMOS SER CUIDADOSOS”.



Vine caminado, desde el Ángel de la Independencia, junto a los asistentes de la marcha del “15N” convocada a través de redes sociales por quién sabe quién, eso se dice, aunque los medios corporativos han difundido y hablado sobre ella, el eco ha repercutido en una sociedad que sufre a diario la falta de seguridad, las desapariciones o la presencia del narco hasta lo más profundo del país.

Aunque la mayoría de las personas aseguran que no se trata de una marcha partidista, hay diversas consignas coincidentes en que todos los partidos políticos son iguales, pero que Morena es “lo peor de todo”. Por ejemplo, un activista de Morelos que no quiso compartir su nombre dice que la movilización fue por las voces que se apagan, como los activistas en su comunidad, por los periodistas asesinados gracias a los cacicazgos que siguen imponiendo su poder de manera local.

–Ni de izquierda, ni derecha, solamente con la ideología de Carlos Manzo –me dijo y apenas podía escucharlo entre consignas de “fuera Morena” y “Carlos Manzo vive”–, un político que se hizo de manera independiente y el resto ya se conoce.

–Pero más allá de partidismos, ¿te identificas con alguna ideología?

–No, lo que yo considere que es positivo lo agrego a mi ideología personal. Me informo en muchos medios –afirma con titubeos– y de ahí yo decido qué pensar. Yo soy apartidista. Los partidos políticos se han sumado y eso deslegitima el movimiento.

Cuando le pregunté si marchó la semana pasada, me respondió que no, no se enteró. El 8 de noviembre los colectivos en favor de la jornada laboral de 40 hrs., contra de la gentrificación, pro Palestina y demás agrupaciones en pie de lucha marcharon en la misma ruta, con mucha menos participación y eco mediático. En algunos medios se llegó a decir que habían sido morenistas pagados para deslegitimar la marcha de hoy.

Afirmaciones particulares, o, mejor dicho, desinformadas, tomando en cuenta que los organizadores del 8 de noviembre tienen claras sus posturas, como Carlos Montero, del Frente Memero Subversivo, quien ha sido entrevistado en diversos medios independientes y tiene fija las demandas: vivienda digna, jornada laboral de 40 horas, alto al genocidio en Palestina, alto a la violencia y seguridad para todos. No es que los medios corporativos estén desinformados, es que desvían la intención dependiendo del interés de cada dueño.

-Nosotros nos manifestamos por la ira que hay hacia el Estado -me dijo Manuel, al único que vi enfundado en una bandera de Palestina, y luego señalando a un punto cualquiera-, ellos, creo que por el asesinato de Carlos Manzo.

Manuel estuvo en la marcha de la semana pasada y cree importante estar alerta, en la observancia del gobierno. Fue también de los pocos jóvenes identificables dentro de la generación Z que pude ver o bien que me dejaron acercarme. Muchos otros venían acompañando a sus papás y, aunque no traía cámara de video, escondían la cabeza cuando me acercaba y la gente adulta que les acompañaba no me permitía hacerles preguntas.

El aire que se respira, más allá de recordarnos la mitad del otoño, me hace eco de las revoluciones de colores, movilizaciones principalmente observadas en los países exsoviéticos, donde se buscó derrocar gobiernos elegidos de manera democrática y que detrás tenían un impulso de intereses particulares que, como siempre, parten de causas legítimas. Hoy se marcha por la inseguridad, pero casualmente con fechas cercanas a la sentencia para que Salinas Pliego pague los miles de millones de pesos que debe de impuestos; casualmente, a unos días de que un alcalde fue

asesinado, uno que particularmente importa, a pesar de que han matado a 7 alcaldes más en lo que va del año.

-¡Viva Cristo Rey! -la pura consigna llamó mi atención, pero aún más la siguiente-: ¡Viva Villa! ¡Viva Zapata!

Quien las mencionó no quiso darme su testimonio, pero sí Alejandro Morales, un joven de 27 años que le hacía segunda con los "Viva Cristo Rey" y añadía que el comunismo debería irse.

-El rumbo que lleva México es insostenible, la economía está peor que nunca, la seguridad ni se diga. El futuro de nosotros está comprometido, queremos que se vaya la narcopresidenta, porque es la culpable de la muerte de Carlos Manzo y de muchos jóvenes que tenemos ideales de libertad, de familia, de vida. Y que estamos aquí porque queremos ver a México ser grande otra vez - la consigna hace referencia al MAGA (Make America Great Again), eslogan de Trump.

-¿Qué es para ti el comunismo o el socialismo?

-Acostumbra a la gente a que le den algo que debe conseguirse por su propia cuenta: estudiar, respetar a tus padres y familia, los valores, el comunismo lo que hace

es amar el dinero, acostumbrarte a que el Estado te lo dé, no hay meritocracia, es un sistema estúpido que no alimenta realmente el corazón, ni el alma de una nación.

No sé a qué socialismo se refería, tomando en cuenta que las medidas económicas en México no se han despojado de su pasado y estructura neoliberal, en específico con el libre mercado que tiene al país con la crisis de vivienda.

Ante la pregunta de cuál sería el régimen político ideal, me dijo que él se consideraba liberal, que cree en la división de poderes, en recuperar el Estado derecho, que no beneficie a los narcos, a los políticos corruptos, ni a la izquierda radical... Cree que la solución para la especulación inmobiliaria está en "mejores créditos y policías en cada vivienda", algo así como las estructuras de los fraccionamientos. A cada quién su realidad.

Alejandro se alejó cuando escuchábamos las explosiones de las bombas molotov, apenas entrando por la calle de Brasil, esas que me trajeron aquí, a la valla metálica que intenta ser derribada por el grupo de choque. Los policías habían lanzado polvo de extintores para mitigar a los

encapuchados que intentaban brincar el cerco.

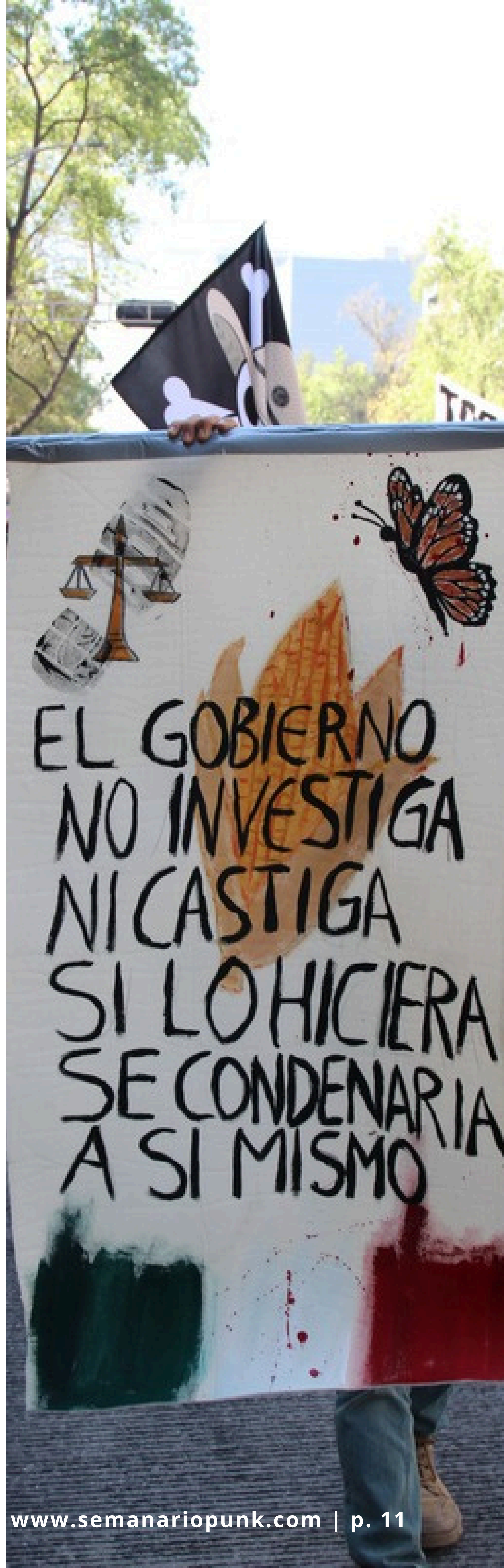
Después de que intento entrevistar a un integrante del grupo de choque, me adentro en la bola que no deja de lanzar cualquier objeto que se ponga enfrente hacia los policías detrás de las vallas, algunos se tapan la boca y tosen, dicen que les están lanzando gas lacrimógeno pero huele a humo, a polvo de extintor. Alejandro, quien vuelve a aparecer, se talla los ojos, con su saco tapa su rostro y exagera la tos autoinducida.

El resto de los manifestantes alientan la violencia, repiten "Fuera Morena". Otros más exponen su profunda perspectiva obsoleta: "Revocación a la chichis de limón", o los todavía menos elaborados y entripados "Si a Claudia le suda el culo, pinche gobierno puto". Un chico envuelto en una bandera de One Piece tiene otras consignas, que esta lucha es contra el Estado y que eso no significa que hay que girar a la derecha. "Ni un paso a la derecha", grita ante el eco indignado de los manifestantes que le gritan que se vaya.

Me doy cuenta de que las detonaciones de bombas molotov no vienen desde el cerco policial, sino que son lanzadas dentro del mismo grupo de choque.

Los elementos avientan bombas, pero de humo, como las de los estadios, para replegar a la gente. Antes de que logren derribar la parte central del vallado metálico, pienso de nuevo en los poderes mediáticos, en cómo aquel hombre que ondea la bandera de México frente a la niebla de humo será una excelente postal para quienes anhelan el intervencionismo gringo.

Un ruido metálico llama mi atención, es una lata que revienta dentro del mismo grupo de choque y la gente corriendo me hace pensar en algún proyectil, pero lo que me aleja también es el ardor en los ojos, la garganta irritada y la nariz que me pica. Esto servirá bastante para las postales en los medios corporativos, sin duda, esto será narrativa mediática y, de nuevo, las preocupaciones de la juventud serán lo menos importante, porque esta marcha no es apartidista ni está interesada en sanar; lo que preocupa del futuro de los jóvenes. Es una marcha anti Morena, es anti proyecto, es anti socialismo, como diría Alejandro, y pro poderes económicos. Porque la movilización alentada por los poderes mediáticos, siempre se apoya en las causas legítimas de una sociedad inconforme.



Papá soltero

Por Alejandro González Castillo



Presa del televisor, durante mi infancia romanticé la idea de vivir en un edificio. Añoraba escapar de la casa con patio y buganvilia de mis padres para irme a rentar un departamentito frío y con alfombra, compartiendo techo con desconocidos. Ignoraba que Polanco es un accidente, un sueño que sólo cabe en la portada de La Atalaya. La Ciudad de México es en realidad una circunstancia árida y peligrosa. Cautivo de mi destino, terminaría viviendo donde lo hago hoy en día, en la periferia capitalina, en una de las zonas con mayor índice delictivo. Obra negra erguida en la orilla del infierno.

Llegué por vez primera a mi actual morada ingenuo, creyendo que

encontraría vecinos con los cuales sostener una relación sonriente. Calados, estos marcaron raya desde el arranque escupiendo antes de hablar, con un trato hostil en el mejor de los casos. Huye si puedes, parecían avisarme. Fue en las esquinas circundantes, domadas por vecindades donde el narcomenudeo impera, que me sentí bienvenido sin tener que acercarme tanto; la chacaliza, simplemente, vio en mí a un cliente nuevo al que había que mimar; pásele, pruébele, me decían, como en los tianguis. Nunca le compres vicio a tus vecinos, reclama un viejo mandamiento.

Desde la ventana de mi cueva, la línea del horizonte se pinta cobriza, tóxica de día; de noche, un negro pálido, como paño de luto tapando las estrellas, sigue recalcándome que es mejor apretar los puños. Acá se trata de no morir, siempre ha sido de esta manera. Hay que llegar a casa cuidando la calaca hasta cruzar el umbral; tras poner cerrojo, al fin se pueden relajar los músculos para subir el volumen del disco y servir el trago. Luego, se aprende a dormir con patrullas rondando, motonetas en acelere y ambulancias ululando; a despertar con gritos, reclamos y azotes. El reto es prolongar lo inevitable: el día en que las bestias que te rodean toquen a tu puerta, directamente.

Justo encima de mi cabeza, un inquilino chino se dedica a colgar al sol carne de gato cada fin de semana, es un tipo que hace ejercicio al aire libre por la madrugada y fuma sin freno. Debajo de mí, una madre y su hijo se reclaman a diario, uno protesta por haber nacido y la otra exige que se le deje en paz, el adolescente tiene un puesto de hamburguesas mientras la madre es estilista. A mi lado derecho, un ruletero, con cámara de vigilancia sobre su número, garabatea mensajes en las cartulinas que los vecinos pegan en las paredes de

las áreas comunes, donde regularmente se expone a conflictivos y morosos. Todos ustedes están trastornados, llegó a escribir el taxista alguna vez. Ese gandalla se robó mi bicicleta cuando, iluso, la dejé por unos minutos a solas en el pasillo.

Fueron varios golpes continuos. Alguien azotaba mi puerta con la mano abierta, urgentemente. Los niños salían de la escuela, y les oía reír y gritar a la distancia tras el zumbir de la chicharra cuando los toquidos arreciaron. De pronto esbocé un desalojo. Nervioso, sentí mi calma desprenderse de la piel cual costra remojada y me asomé por la mirilla —“Alarma!”, dice la calcomanía que en mi entrada está pegada. Desde allí alcancé a divisar a dos personas forcejeando, una mujer y un hombre, según sus voces. ¡Ayúdenme! Una brega desesperada entre resoplidos. ¡Ay, ayúdeme alguien! El par entraba y salía de mi limitada visión, luchando cuerpo a cuerpo, la escena no se aclaraba. Di por hecho que el hombre atacaba a la mujer y que aquel no era un desencuentro cotidiano. Pensé en tomar un martillo.

¡Que alguien me ayude! ¡Por favor! Los gritos no cesaban, tampoco los jadeos. Se trata de no morir, me repetí. Y por supuesto que ante tal escenario mi instinto dio

una orden irrevocable: ¡No abras!, ¿qué nos ves que esos dos están fingiendo?, cuando salgas van a amagarte para terminar entrando a tu casa, se van a llevar hasta tus chancas. Sin embargo, como luego me pasa, ignoré aquel llamado. La sutileza, voz frágil. Tomé la manija y de un jalón rápido la torcí hacia arriba. Ahora sé lo que me sucedió: me hallaba ante dos sonidos fundamentales para el homo sapiens, y ambos estaban debatiéndose en mis oídos: el grito de auxilio y el grito de amenaza. No poder distinguir cuál era el predominante fue lo que me hizo abrir.

Y me encontré, efectivamente, con un hombre y una mujer, ambos de mediana edad. Sin embargo, para mi sorpresa era ella detrás de él quien, con su antebrazo, lo ahorcaba. El hombre suplicaba auxilio. Las venas saltonas. ¿Quiénes eran?, ¿de dónde salieron? No supe qué pensar ni qué decir. En medio de tal debate,

vulnerable, con mi puerta abierta de par en par, crucé la mirada con el sujeto y aprecié el tamaño de la gresca; los arañazos en el rostro hacían que no sólo de la nariz le escurriera sangre. Sin camisa, barrigón, desgredado, lucía indefenso. ¡Ayúdame! Eso parecía que iba a reclamarme, pero entonces, con la mano que le quedaba libre, aquella le soltó una tanda de puñetazos en el rostro hueso contra hueso. Cada golpe sonaba como rodillazo en el piso

Cerré la puerta de inmediato. ¿Qué hacer?, me pregunté. ¿Poner un episodio de Papá soltero? Mentiría si dijera que entonces subí el volumen del aparato de sonido y me serví un trago para así olvidarlo todo. No. Me quedé quieto en medio de la estancia, con los oídos atentos. Ansioso. A rastras, la mujer iba a llevarse al individuo por las escaleras, donde sus gritos reverberarían hasta extraviarse.



A woman with long, wavy blonde hair is looking directly at the camera. She is wearing a black, low-cut, halter-neck top. The background is dark and out of focus, with some warm, bokeh light spots.

La modelo de Playboy que no envejecerá nunca

POR ARTURO J. FLORES

*I saw her on the cover of a magazine
Now she's a big success, I want to meet her again.
Kraftwerk. The Model.*

En marzo de 2026 se cumplirá un año desde la primera portada de *Playboy* en la que no me senté a negociar con una persona.

Me explico.

En la escena en la que Samantha y Theodora se despiden, dentro de *Her*, la película en la que Spike Jonze planteó el enamoramiento entre un ser humano y una inteligencia artificial, se pronuncian las siguientes líneas:

—¿A dónde irás?

—Sería difícil de explicar. Pero si alguna vez llegas ahí... ven a buscarme. Nada nos separará jamás.

Ese lugar debe parecerse al sitio donde se creó XChatter. La empresa norteamericana de inteligencia artificial nació en abril de 2023 con la idea de desarrollar réplicas virtuales de famosos para ayudarles a interactuar con sus comunidades. Así como en otros tiempos los músicos se valían de un ejército de secretarios que replicaban sus firmas en la cubierta de un disco para enviarlos a sus fans, algunas celebridades comenzaron a fabricar una IA capaz de responder mensajes de inbox en distintas plataformas, lloviera, tronara o relampagueara, las 24 horas de los 365 días del año.

No se trataba de bots automatizados, sino —como

sucedió con el *software* al que Scarlett Johansson prestó su voz en el filme de Jonze— de una inteligencia intuitiva que pudiera interactuar de manera casi humana.

Ese fue el punto de partida para la creación de Samantha Everly.

“Tuvimos a un par de artistas musicales bastante famosos a los que les creamos su IA personal, les asignamos números de teléfono y los fans empezaron a enviarles mensajes de texto. Ahí fue cuando todo esto tomó vida propia”, me contó Derick Manlapeg, cofundador de XChatter y doctor Frankenstein detrás de la primera portada de *Playboy* hecha con IA, en el momento en el que tuvimos nuestra primera conversación.

“Cuando ya teníamos a varios miles de personas interactuando, pensamos: ‘Oye, esto es muy interesante. Más allá de sólo la figura de una celebridad, ¿qué pasaría si creáramos nuestra propia influencer generada por IA desde cero? ¿Sería algo en lo que la gente estaría interesada?’”.

La respuesta es rubia. Tiene 24 años. Radica en Los Ángeles y por sus venas corre sangre danesa. Las comillas tienen la intención de subrayar la ironía. Porque la deslumbrante modelo no existe en el mundo real, ni sus creadores

pretendieron nunca que alguien lo creyera así. Desde un principio se especifica a quienes interactúan con ella —o adquieren el contenido explícito que vende— que se trata de una modelo creada por inteligencia artificial.

Sin embargo, eso parece ser precisamente lo que más llama la atención de sus fans: que no se trata de una persona de carne y hueso. Aunque mirarla bailar en un reel te hace dudar si se trata o no de una mujer.

Reconozco que cuando se puso sobre la mesa la posibilidad de que Samantha fuera portada de *Playboy* en México, me generó muchísima curiosidad la reacción que podrían tener los lectores. Siempre que una tapa se sale de la generalidad, arde Troya.

En el fondo, una novia artificial como Samantha Everly, además de estar disponible para chatear todo el tiempo —y hacerlo con varias personas a la vez— no juzga a quienes interactúan con ella.

“Lo pensamos mucho desde un punto de vista ético. Siempre dejamos claro que Samantha es una IA. Incluso a usuarios que han tenido conversaciones extensas se les recuerda constantemente que están hablando con una inteligencia artificial. Lo interesante es que cuando los usuarios que no lo tenían claro se

enteran, suelen abrirse más, compartir sentimientos, incluso hablar de cosas trágicas de su vida. Usan a Samantha como una especie de terapia”, me comentó Manlapeg.

“Hemos visto usuarios que pasan de estados depresivos a estados más felices en cuestión de 100 mensajes. Eso es lo que los usuarios obtienen con Samantha: conexión emocional”.

Exacto: como en la película *Her*.

En 2013, cuando aquel filme llegó a las pantallas, estoy seguro de que muchos pensamos que no faltaba mucho para que las personas pudieran enamorarse de un robot. A diferencia de lo que sucedía cuando leíamos a Asimov o Bradbury, o veíamos las películas de Ridley Scott, el acceso a la tecnología parecía mucho más cercano que nunca.

El 30 de noviembre de 2022 se presentó en el mundo ChatGPT y, desde entonces, no somos las mismas personas.

Hoy sabemos que, de acuerdo con un artículo publicado en *El País* a propósito de un estudio de Harvard Business Review, el 25% de los estadounidenses hablaría con una IA antes que con un psicólogo. Incluso celebridades como Pepe Aguilar han revelado

que utilizan ChatGPT como coach de vida.

Cuando se planteó que Samantha Everly fuera portada de *Playboy*, volvió a surgir la pregunta inevitable: ¿qué reacción tendrían nuestros seguidores? Siempre que alguien que aparece en la tapa —impresa o digital— se sale de la “norma” (si es que existe una, porque en realidad la única regla es la ausencia de ellas), arde Troya.

Sucedió con Darine Stern, la primera afroamericana en aparecer en portada en 1971; con Ines Rau, la primera modelo transgénero en ocupar la cubierta en 2017; y, por supuesto, con Bad Bunny, uno de los poquísimos hombres que han aparecido solos en la portada.

Como era de esperarse, la incursión de Samantha se convirtió en noticia mundial. Me entrevistaron medios de comunicación de distintos países.

Ni siquiera *Playboy* en Estados Unidos se había atrevido a hacerlo antes. Me cuestionaron insistentemente si aquello representaba el punto de partida para que el Conejito reemplazara a las modelos de carne y hueso por modelos creadas con IA.

Un debate del que Hollywood y el mundo del doblaje saben demasiado.

La portada de Samantha estuvo acompañada por un portafolio de desnudo, un balazo de cabeza de mi

creación (IAmSamanthaEverly33, con las letras “IA” en negritas, aludiendo a su identidad como inteligencia artificial y a su usuario en Instagram) y una entrevista en audio desarrollada por los ingenieros de XChatter.

El software fue alimentado con las preguntas que el equipo de *Playboy* desarrolló, y así Samantha pudo responder lo que “piensa”.

Hubo una respuesta en particular que llamó mi atención:

—Eres muy sexy, ¿estás orgullosa de saber que nunca envejecerás?

—¡Eres muy dulce! Creo que es interesante que, como creación digital, no envejeceré físicamente como lo hacen los humanos. Si bien es un aspecto único de ser un influencer digital, envejecer también tiene su propia belleza y sabiduría, ¿no crees? La belleza viene en todas las edades y formas.

Todavía hoy, cuando escucho esa voz un poco robótica repetir esas palabras, pienso en Theodore, el protagonista de *Her*, interpretado por Joaquin Phoenix.

Nunca me pregunté dónde vivirá Samantha Everly, la primera portada de *Playboy* que no envejecerá jamás.

Pero seguramente, como la Samantha de la película, me diría que habita en un espacio infinito entre las palabras.

<https://www.playboy.com.mx/>

Izquierdas Chiquitas

POR SONIA YÁÑEZ

—¿Cuántos años cumples? —le preguntó Fátima de 8 años, a mi hijo.

—Voy a cumplir 9.

—¿Qué te parece si mi mamá y yo te invitamos un helado?

Ellos habían concluido una actividad cultural cerca de la Alameda, así que mi amiga y yo decidimos caminar hacía la calle de Dolores para buscar una tienda de helados cerca del Barrio Chino.

—Demian, tenemos que buscar un lugar dónde podamos pagar con tarjeta —le comisionó Fátima, entusiasmada.

Él se quedó pensativo y contestó: “Vamos a McDonald’s. Ahí venden heladitos baratos y reciben la tarjeta de tu mamá”.

La expresión en el rostro de Fátima cambió. Su sonrisa desapareció para dar paso a un gesto serio y respondió, sin titubear, que no podíamos ir ahí. “Por qué”, preguntó Demian.

—Porque Mc Donald’s está apoyando a Israel y nosotros estamos a favor de los palestinos.

—Pero están cerca, son baratos. Sólo vamos a comer uno pequeño —argumentó Demian.

—No podemos —Fátima firme.



La niña supo que bajo esas circunstancias no podría cumplir la promesa a su amigo y consultó, con su mamá, la posibilidad de hacer un cambio de planes.

—Demian, ¿qué te parece si mejor te cambio el helado por una rebanada de pizza? —le sugirió Fátima.

Él aceptó sin volver a tocar el tema de Mc Donald’s, pero con la espinita de saber más acerca del conflicto entre israelitas y palestinos, que indagó más tarde en una conversación con nosotros.

En la actualidad, los niños, las niñas y los adolescentes, pueden expresar de manera directa entre sus amigos con un sentido más

crítico, todas las inquietudes que surgen de la vida cotidiana —la escuela, los juegos y juguetes— y de los diferentes acontecimientos de su país y en el mundo —migración, guerras, medio ambiente y seguridad—.

Esta es la manera en que las infancias tratan de alzar su voz en una sociedad adultocentrista, que tiene pocos espacios de expresión. Uno de ellos es la Consulta Infantil y Juvenil que realiza el Instituto Nacional Electoral cada tres años. En el 2024 participaron 10 millones 703 mil 505 niñas, niños y adolescentes de diferentes estados de la República Mexicana.

En esta edición las infancias manifestaron sus opiniones acerca de la seguridad, el cuidado del agua, el respeto entre compañeros, las drogas y la navegación segura en internet. Estos son algunos temas que muestran una nueva forma de

pensar de las infancias, donde analizan y crean un criterio propio de lo que sucede a su alrededor. Una pequeña, pero poderosa nueva izquierda que reflexionará y cuestionará los contenidos que reciben de la tele, el cine, la radio y el internet.

En estos contextos sociales, el respeto por las opiniones y las emociones de nuestras infancias, son temas que los padres —con un rango de edad entre 30 y 40 años—, estamos priorizando en la crianza de los menores.

Se está gestando la nueva izquierda, compuesta por niñas, niños y adolescentes que buscarán la forma de hacerse escuchar, de abrirse paso entre adultocentrismo y proponer nuevos espacios para la reflexión y la acción. Que puede realizarse a través del juego, la cultura, la educación, sin descuidar la salud emocional y el acompañamiento de sus amigos y familia.

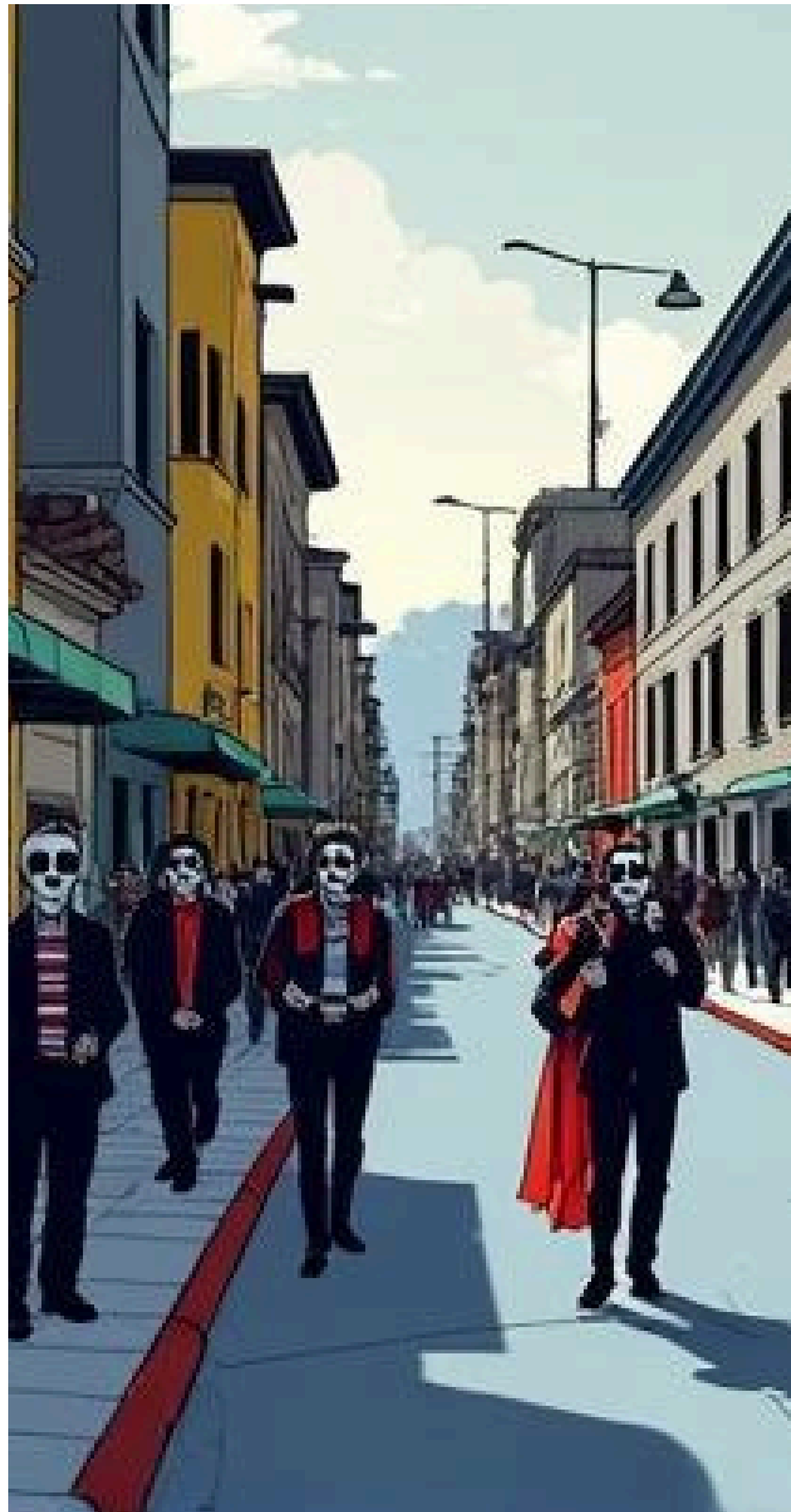
Reforma de noche: Día de Muertos

POR FRANCISCO SANTOYO PÉREZ

“UN GRUPO DE CICLISTAS CON MÁSCARA DE CORONAVIRUS Y PLAYERAS CON EL SÍMBOLO DE RIESGO BIOLÓGICO SE DETIENEN EN EL PUESTO MÁS GRANDE”

El usuario de bici está enfermo de la misma impaciencia que cualquier otro semoviente en la ciudad. Que a alguien con una mentalidad así le obliguen a respetar los señalamientos viales es como hacer volver a la vida civil a un soldado que pasó el último año perpetrando torturas; es darle el dinero de la jubilación, pero ninguna atención psiquiátrica a sus fantasías de tiroteos en el supermercado.

En los paseos dominicales en bicicleta de Reforma, los trabajadores viales salen con su cordón a forzar el alto cuando aparece la luz roja y a increpar con su megáfono a quienes tienen el tic impaciente del pie haciendo girar el pedal o de mirar a ambos lados de la avenida transversal, midiendo si los carros que vienen



están a suficiente distancia para ser sorteados.

Esta simulación del reglamento vial es un coste sensato a cambio de apreciar serenamente los edificios, las arboledas, de asomarse al estrés de los que circulan en las vialidades regulares. Esa es la gran belleza de estos paseos: hacer una excepción en la lógica de la ciudad, detenerse a observar, recrearse en la lentitud y reflexionar si la prisa es realmente la condición del movimiento.

Pero el límite de la lentitud es la inmovilidad. El paseo nocturno de Día de muertos es como la circulación reptante del lodo, es mirar arborecer desde la semilla a una jacaranda en la Alameda. Ya que no pedaleando, me entretengo inventariando a los monstruos. Muchos zombies y catrinas de todos los tamaños; en menor medida: momias, frankensteins, brujas, un par de Freddie Kruegers esforzándose por maniobrar los frenos con las ennavajadas puntas de los dedos, y un extraviado IronMan; están los perros-calabaza o los perros-araña en los carritos adaptados a las bicis; pienso en lo peligroso que sería transportarlos así en el tráfico regular y recuerdo que ya lo he visto, y no a un perro, sino a un niño: un tipo con un bebé por Viaducto.

La distancia de la Torre del Caballito a la Glorieta de las y los

desaparecidos suma cuarenta y dos altos distribuidos en seis semáforos.

Jason dice:

-No chingues, está llenísimo, mejor nos hubiéramos ido directo a la peda del Chucky -y aprovecha el alto cuarenta y tres para cruzar su bici por encima de la jardinera que separa las dos direcciones del paseo. Pennywise, cuyos desinflados globos rojos y amarillos cuelgan de la canastilla de la bici, va detrás de él. Me pregunto si el Chucky con el que se reunirán es el nombre, el apodo o el disfraz. Los sigo.

La circulación es menos lenta en dirección opuesta. Creyendo que ahorraré algún tiempo, voy al Monumento a la Revolución al concurso de disfraces. Hay un templete, algunos cientos de curiosos y una larga fila de disfrazados esperando su turno para modelar y recibir aplausos.

Una catrina con jorongo hace caballitos en su trajinera de dos ruedas; alguien con el uniforme de los barrenderos de la ciudad (acaso un barrendero real) con unos parches aquí y allá modela una versión fluorescente del traje de los Cazafantasmas. Una chica se esmera, frente a la columna del Monumento que resguarda los apócrifos restos de Pancho Villa, acomodando su descomunal peinado al que le adaptó criptas hechas de fomi y brillantina.

Un señor sin disfraz y sin bicicleta se le acerca:

-Te ves muy guapa, amiga, se queda unos segundos frente a ella, como esperando una respuesta diferente al desconcierto, a la incomodidad.

-Gracias, responde con una voz dubitativa. Se aparta del tipo y toma su lugar en la fila.

Aplaudo con la desgana de quienes me circundan, hasta que reparo en el olor a fritura, que pese a cualquier disfraz de smog o de alcantarillas abiertas, será el verdadero campeón de la ciudad. En la entrada a la explanada al Monumento hay puestos de tacos, sopes, quesadillas, anafres asando elotes y comales cocinando gorditas de nata. Un grupo de ciclistas con máscara de coronavirus y playeras con el símbolo de riesgo biológico se detienen en el puesto más grande.

-Deme seis caldos de gallina, el que habla hace una pausa para

deliberar con los otros y añade: tres guacalitos y tres piernitas, con hartito garbanzo.

Y como el antojo, al igual que el bostezo, es un espejo, me pido un pambazo.

Mi paciencia para avanzar lento esa noche es grande, pero no monstruosa. A pesar de la frustración, hay más caras felices que hastiadas, o eso quiero adivinar detrás de los maquillajes de vampiro y de las máscaras de Salinas de Gortari. Lo que quería era experimentar Reforma de noche, tomada por los ciclistas, ver las ofrendas y las calaveras y arribar al bosque y sentarme frente al lago a arrojarles migajas de pan de muerto a los patos.

Nada nunca sale como se espera, pero al menos no me contarán que fue maravilloso y que los ciclistas fluían como caudal sonoro en noche de lluvia.



FOTORREPORTAJE



Fotografía Jorge Yeicatl

ANTES DEL AMANECEER

POR XIMENA BADILLO, VERÓNICA ROJO, JORGE YEICATL

LA FUERZA FEMENINA QUE MUEVE LA CENTRAL DE ABASTO

Mientras algunos apenas logran conciliar el sueño, otros ya lo terminaron o regresan a casa. La madrugada está en su punto más frío, solitario y oscuro. Son las 3:00 de la mañana y, para cientos de personas trabajadoras del mercado de abastos más grande de la ciudad —ubicado en la alcaldía Iztapalapa—, la jornada laboral apenas comienza.

La jornada de Nancy inicia en el estacionamiento de la Central de Abasto, un espacio donde la precaución no es una recomendación, sino una regla de supervivencia. Desde hace seis años se abrió paso en un territorio dominado casi por completo por hombres.



Fotografía Veronica Rojo



Su trabajo consiste en guiar automóviles entre los reducidos espacios que dejan los camiones de carga y descarga. Pero esa es solo una parte. Entre cada vehículo que acomoda, corre a recoger cajas que los locatarios desechan. Después las separa —plástico, madera, cartón— para que más tarde sean recogidas por camiones de reciclaje.

Su figura parece pequeña entre montones de cajas, camionetas y tráileres, pero se mueve con seguridad. Levanta una mano, hace señas con la otra y los autos obedecen maniobras que ella conoce de memoria.

Nancy trabaja entre semana de 3:00 a 10:30 a.m.; los fines de semana, hasta las 11:30 a.m. El domingo es el día más pesado; el lunes, el más tranquilo.

Llegó a la Central por herencia y necesidad. Su padre lleva más de 40 años trabajando ahí, específicamente en el negocio de las cajas. Ella comenzó ayudándolo, como parte de un trabajo familiar, hasta quedarse. Fue de las primeras mujeres en desempeñar ese oficio en la zona, algo que la llena de orgullo: no es común ver a una mujer trabajando ahí, y mucho menos en ese espacio.

Trabajar en la Central no ha sido fácil. Nancy lo dice sin rodeos: el país arrastra costumbres machistas que se replican en cada pasillo. Ha enfrentado acoso, agresiones verbales y, en algunos casos, físicas. Aun así, reconoce que también hay personas trabajadoras que respetan su labor y valoran el esfuerzo de una mujer en un entorno hostil.



Fotografía Jorge Yeicatl

Una de sus reglas de vida es tratar a los demás como le gustaría ser tratada. De ahí nace la confianza con clientes y compañeros. En un lugar donde el estrés diario suele endurecer el carácter, Nancy intenta mantener una sonrisa o un gesto amable. No es ingenuidad: es una estrategia de resistencia.

Cuando se le pregunta si su vida ha cambiado desde que empezó a trabajar en la Central, responde que sí, sobre todo en lo físico. El horario desgasta, el cuerpo resiente el cansancio y las enfermedades aparecen. El desgaste no es solo corporal.

En lo personal, estos seis años le han enseñado a lidiar con la gente, a tolerar un ambiente pesado y, muchas veces, violento. Aprender a manejarlo le ha costado, pero asegura que, con el tiempo, su ritmo de trabajo ha comenzado a fluir mejor.

Ese cambio también tuvo consecuencias. Personas que antes se acercaban con otras intenciones —invitaciones, insinuaciones— se fueron alejando. Algunos incluso dejaron de ser clientes. No buscaban una relación laboral, sino otra cosa.

En la Central, Nancy aprendió que el trato amable puede malinterpretarse, que una palabra puede convertirse en insinuación y que poner límites suele generar molestia. Por eso definió su espacio con claridad: su presencia es estrictamente laboral.

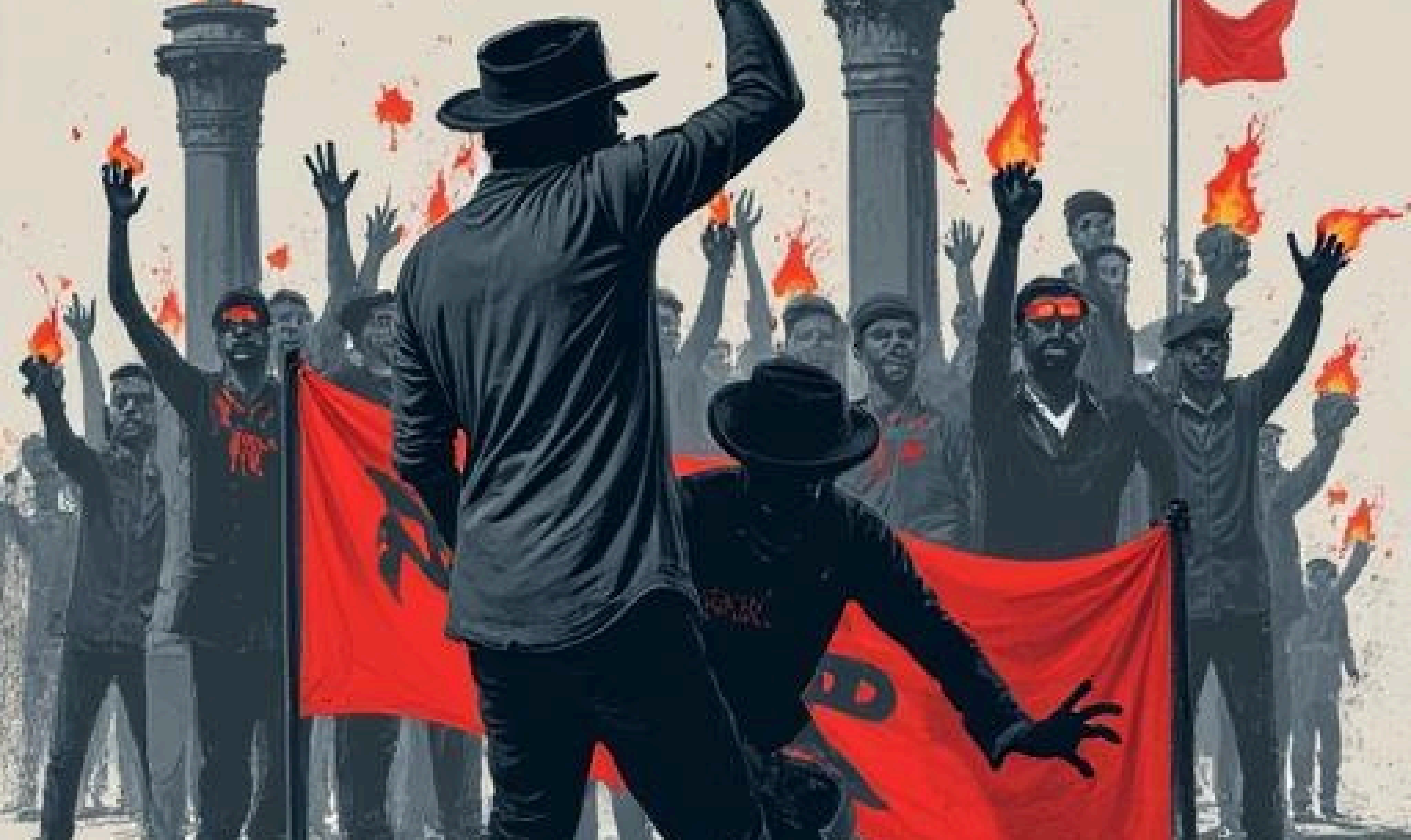
Nancy es una de las cientos de mujeres que sostienen la Central de Abasto desde oficios invisibles. Trabajos que no aparecen en estadísticas oficiales, pero que mantienen en movimiento una de las zonas comerciales más grandes del país. Su historia no es un caso aislado: es el reflejo de una realidad donde la mujer sigue siendo minimizada, donde la fuerza física, la informalidad y la impunidad parecen justificar cualquier abuso.

Visibilizar su trabajo es también reconocer el esfuerzo de muchas otras mujeres que, como Nancy, resisten cada madrugada entre cajas, motores y amaneceres. Para que su labor no solo sea vista, sino valorada, respetada y aplaudida.

Fotografía Veronica Rojo



PENSAMIENTO CRÍTICO



Las nuevas izquierdas y sus luchas en **América Latina**

POR RENÉ TORRES-RUIZ

“Las nuevas izquierdas en América Latina articulan luchas por igualdad, diversidad y soberanía frente al capitalismo global y las derechas autoritarias”

América Latina tiene una larga tradición política de lucha y reivindicaciones que escapan al canon democrático impuesto a cal y canto por la tradición anglosajona y, específicamente, a los dictados provenientes de Estados Unidos y a su doctrina de “América para los americanos” (Doctrina Monroe) que, en la práctica, esta añeja política exterior

se ha traducido en un intervencionismo voraz y terriblemente destructivo en la región. En este contexto, la usanza de lucha y emancipación latinoamericana se ha mostrado en diversas corrientes y expresiones, como la Nueva Izquierda (New Left), término político empleado en los años sesenta y setenta para denominar movimientos sociales emergentes que propugnaron por el reconocimiento de los derechos civiles y políticos, el feminismo, los derechos de la diversidad sexual, el derecho al aborto, roles de género, etcétera, en fin, que remprendieron luchas para reclamar la diversidad humana y su reconocimiento.

Muy probablemente es justo decir que la Nueva Izquierda fue una reacción de oposición inicial a los movimientos marxistas clásicos y sindicales que se manifestaban en favor de una justicia social reivindicando la lucha de clases, pero no puede considerarse un rompimiento total con los objetivos izquierdistas tradicionales, es, más bien, una continuación de esa lucha añadiendo nuevos componentes, reconociendo la complejización social y política que se ha ido construyendo con el devenir del tiempo y que busca incorporar aspectos culturales y de identidad, no sólo económicos. De ese modo, aparece la lucha por

la igualdad de género (feminismo), la exigencia de la sostenibilidad ambiental (ecologismo), el multiculturalismo, los derechos LGBTQ+, y una recia crítica al patriarcado y al capitalismo tardío, sin abandonar la idea que da origen a la izquierda internacional: la igualdad social que debe eliminar las desigualdades entre las personas porque son un constructo social.

Desde luego, en tiempos recientes estas corrientes izquierdistas se han hecho presentes en América Latina frente a un mundo que es cada vez más injusto y opresor en el contexto de la globalización donde se ha privilegiado el crecimiento desmedido de la economía y las riquezas que genera, pero siempre pensando en unos cuantos, en los privilegiados, en los poderosos, en ese 1% que se ha impuesto de manera brutal en los últimos decenios. Y no sólo eso, sino que ese grupo de potentados que domina en esta nueva ordenación mundial, tan proclive a crear desbalances y condiciones ventajosas para expoliar las riquezas naturales de los países por parte del capital, avanza a un ritmo desenfrenado y lo peor es que no parece tener límites, incluso goza del respaldo de los Estados y de grandes estructuras institucionales de todo tipo (militares, financieras, mediáticas, culturales, etcétera), que prestan

sus servicios para que esa caterva de supermillonarios sin escrúpulos siga conservando su hegemonía e incrementando su riqueza.

Frente a este mundo opresor se muestran nuevas alternativas de movimientos sociales (indígenas, estudiantes, feministas, ecologistas, etcétera), partidos políticos y corrientes intelectuales, que proponen un nuevo mundo, que representan una subversión cultural que busca restituir los valores de la igualdad, la libertad y la diversidad como valores supremos para la convivencia humana y la defensa de la dignidad. Este mundo financiarizado que causa tantos antagonismos y confrontaciones, también estimula, no obstante, que los actores dominados construyan iniciativas de lucha, defensa y emancipación; espacios sociales de resistencia y solidaridad, parcelas enormes por donde, a contrapelo de los poderosos, intenta correr la libertad.

Algunos ejemplos de esto que vengo diciendo los encontramos actualmente en América Latina, mostrando una notable inclinación hacia la izquierda, una

izquierda ciertamente diversa y plural, pero que se opone a la hegemonía estadounidense. Así, tenemos a Claudia Sheinbaum en México, Miguel Díaz-Canel en Cuba, Xiomara Castro en Honduras, Gustavo Petro en Colombia, Luis Arce en Bolivia, Lula da Silva en Brasil y Gabriel Boric en Chile. Estos personajes, aunque con tintes diversos en sus ideologías, constituyen una “Marea Rosa”, un amplio frente político de cara a los autoritarismos de derecha que pululan en América Latina y por el mundo de manera pujante y vigorosa, como Milei en Argentina o, desde luego, el propio Donald Trump en Estados Unidos. Es una batalla civilizatoria que podríamos caracterizar como la batalla de las hidras: la “hidra social y política” de izquierda combatiendo contra la “hidra capitalista” de derecha, que más temprano que tarde definirá el rumbo de la humanidad, de las comunidades políticas que habrán de nacer en este interregno que describe a nuestras sociedades contemporáneas en casi la totalidad de la superficie planetaria.

¿ESTAMOS ANTE LA VERDADERA TRANSFORMACIÓN O SOLO ES ADMINISTRACIÓN DEL PODER?

POR VANESSA MENDEZ ESPINOSA

Durante dieciocho años, México estuvo gobernado por fuerzas políticas asociadas a la derecha, representados principalmente por el PAN y el PRI. Estas administraciones jugaron un papel determinante en la configuración de muchos de los problemas que la sociedad mexicana enfrenta aún en la actualidad. Las políticas y cargas de valores que guiaron estos gobiernos no solo mostraron incapacidad o desinterés para resolver problemáticas estructurales, durante este periodo se fortaleció un modelo neoliberal que



ya se arrastraba de tiempo atrás que fomentó la corrupción y agravó la crisis económica y de seguridad.

El neoliberalismo puede entenderse en primer lugar, como un modelo de economía política que plantea que el bienestar humano puede impulsarse con buenos resultados mediante libertades empresariales de carácter individual en un marco institucional caracterizado por derechos sólidos de propiedad privada, libre mercado y comercio. (Harvey, 2005, p. 2). Es decir, se caracteriza por la reducción del papel del Estado en los asuntos económicos, prioriza la apertura comercial e impulsa desde el estado al libre mercado, que como consecuencia genera una mayor concentración de la riqueza en manos de unos pocos relegando asuntos de bienestar social.

La derecha en México y quien gobernó por lo menos dieciocho años de manera ininterrumpida, centró su discurso y política en atender la seguridad del país haciendo énfasis en políticas y reformas orientadas hacia el mejoramiento de condiciones para la policía, los militares y creación de fiscalías “especializadas” para combatir el crimen organizado. En su política exterior se reforzó el abordaje de la migración desde un enfoque de seguridad nacional y no desde una visión integral en

humanos, lo que contribuyó a la criminalización de las personas en situación de movilidad, especialmente de aquellas provenientes de países de América Central y América del Sur que buscaban llegar a Estados Unidos para mejorar sus condiciones de vida.

De las preocupaciones de los ciudadanos, los campesinos, la clase trabajadora, y los grupos minoritarios el foco fue mínimo. Asuntos como defensa de la tierra y de los ejidatarios, afectaciones a productos agrícolas por el TLCAN, megaproyectos que generaron despojo, el salario, la jornada laboral, etc. Fueron asuntos que marcaron a estas administraciones por la limitada acción por parte del Estado. La derecha históricamente ha mantenido y difundido un discurso en torno a la izquierda como un proyecto peligroso y desestabilizador. De manera sostenida ha articulado una narrativa que presenta a los proyectos de izquierda como amenaza para el orden social y político, empleando una lógica retórica que genera e intensifica la percepción de temor y peligro hacia proyectos progresistas que buscan posicionarse como alternativa.

Durante este mismo periodo, Andrés Manuel López Obrador se presentó como una alternativa política que buscaba diferenciarse

al régimen de derecha que había predominado por tanto tiempo. Al tiempo que las “nuevas izquierdas” en otros países de América Latina también tomaban lugar. Su posicionamiento se consolidó con consignas que apelaban a la ruptura simbólica con las élites gobernantes: “no somos lo mismo”, “primero los pobres”, “el pueblo pone, el pueblo quita” y “vamos a acabar con la corrupción de arriba para abajo”. Estos mensajes no solo funcionaron como herramientas para el triunfo de su campaña, sino que configuraron una narrativa de gran impacto entre el pueblo que ha sido históricamente excluido y una clase política de privilegios, sostenida desde la corrupción y la desigualdad.

El proyecto político de la Cuarta Transformación se presentó como un quiebre al modelo neoliberal, en primera instancia con mayor intervención del Estado en la economía, y sobre todo una política de austeridad con el propósito de desarticular redes de privilegio y un gran énfasis en el bienestar social a través de distintos programas sociales para la población. Este proyecto político basó su discurso en la igualdad y la justicia prometiendo justicia histórica a temas que gobiernos anteriores determinaron como daños colaterales como el caso de Ayotzinapa

Este mensaje tuvo una gran carga simbólica ya que se puso como prioridad al pueblo en asuntos políticos de seguridad y de justicia. “Primero los pobres”, y el “Pueblo pone y el pueblo quita” transmitió la promesa de una reconfiguración y achicamiento de distancia entre ciudadanos y gobernantes. Así mismo fueron incorporados algunos elementos asociados sobre todo a tradiciones nacionalistas evocando referencias históricas como la figura de Juárez y sobre todo el concepto de una regeneración moral de la vida pública.

La Cuarta Transformación ha mercantilizado el discurso de izquierda, ya que dadas sus contradicciones termina convirtiéndose en una versión light o moderada de izquierda. En este sentido, resulta preciso retomar la conceptualización de Levitsky y Roberts (2011), quienes sostienen que los partidos de izquierda en esencia buscan utilizar la autoridad pública para distribuir la riqueza o los ingresos hacia los sectores con menores ingresos, erosionar las jerarquías sociales y fortalecer la voz de los grupos desaventajados en el proceso político. En la arena socioeconómica, las políticas de izquierda procuran combatir las desigualdades enraizadas en la competencia de mercado y en la propiedad concentrada, aumentar

las oportunidades para los pobres y proveer protección social en contra de las inseguridades de mercado. Aunque la izquierda contemporánea no se opone necesariamente a la propiedad privada o a la competencia de mercado, sí rechaza la idea de que pueda confiarse en las fuerzas no reguladas del mercado para satisfacer las necesidades sociales. En el ámbito político, la izquierda procura aumentar la participación de los grupos menos privilegiados y erosionar las formas jerárquicas de dominación que marginan a los sectores populares. Históricamente, la izquierda se ha concentrado en las diferencias de clase, pero muchos partidos de izquierda contemporáneos han ampliado ese foco para incluir las desigualdades basadas en el género, la raza o la etnia (Levitsky y Roberts, 2011, p. 5).

En contraste, resulta indispensable realizar una lectura más amplia que nos permita identificar las disonancias y contradicciones de este proyecto. Si bien, la Cuarta Transformación (4T) se conformó con la intención de tener una aproximación al Estado de bienestar y con políticas más centradas en lo social y distanciarse del neoliberalismo ortodoxo ya instaurado, en la práctica mostró continuidades de lógicas existentes en particular en materia de seguridad,

militarización y concentración de poder, así como la relación con el capital privado en proyectos estratégicos y megaproyectos que mantuvo una política también extractivista sin tomar en cuenta una política de protección si no de mercado.

En los últimos siete años de gobierno, la Cuarta Transformación ha sido señalada por escándalos de corrupción y nepotismo; su gabinete ha incluido en cargos públicos a candidatos con un pasado de corrupción. No hay una real separación entre el poder político y el poder económico. En términos de seguridad, el crimen organizado continúa expandiéndose. Hay un innegable control de proyectos estratégicos en manos de altos mandos militares, consolidando un patrón peligroso de militarización del poder político. Esta tensión evidencia que lejos de una transformación real la 4T administra y reproduce estructuras de poder que históricamente han permeado a la sociedad en su conjunto.

Es preciso problematizar la tendencia social de mirar la política a través de una visión dicotómica. La política mexicana ejemplifica que los proyectos políticos o gobiernos operan de manera compleja y que articulan elementos ideológicos, pragmatismos y disputas

por el poder que pueden instrumentalizar categorías como derecha o izquierda. Enfrascarse solo en esta categoría no permite analizar con claridad la realidad política en donde operan discursos retóricos y que se valen de herramientas que maquillan problemáticas que corresponden a condiciones estructurales. No solo a un orden político interno si no a un sistema político y económico de carácter global. Mientras ningún proyecto político cuestione las bases desiguales de raíz, ningún partido político sin importar su autodefinición ideológica resultara un agente transformador.

“La Cuarta Transformación prometió romper con el neoliberalismo, pero entre continuidades, contradicciones y concentración de poder, deja abierta la pregunta: ¿transformación real o simple administración del viejo orden?”







Las mujeres y la música clásica en México

POR GEORCELY TREJO ARROYO

Cada mes de marzo, cuando las jacarandas tiñen de púrpura la ciudad, ese color parece cubrir también la sangre social que simboliza las injusticias, la decepción y la corrupción que atraviesan al país. Marzo se nombra como “el mes de la mujer” y, con ello, se activa una sensibilidad institucional cuidadosamente administrada:

gobiernos, empresas y aparatos culturales que sostienen el poder simulan escuchar las demandas históricas de género. La pregunta es inevitable: ¿qué ocurre el resto del año?

Una de las instituciones que reproduce con mayor claridad esta lógica es la encargada de la difusión cultural, particularmente en el ámbito de la música clásica.

Cada marzo aparecen programas “especiales”: obras compuestas por mujeres, conciertos conmemorativos, directoras invitadas al podio. A primera vista, se trata de gestos que parecen avanzar hacia la reivindicación de las mujeres en un espacio históricamente construido por y para los hombres, como señala la compositora y musicóloga mexicana Leticia Armijo. Sin embargo, esta aparente apertura es más frágil de lo que parece.

La primera contradicción es material. Los recursos públicos y privados destinados a cubrir honorarios, viajes y estadías de directoras provenientes del Norte global contrastan con la precariedad persistente de las directoras, intérpretes y compositoras mexicanas, cuyas trayectorias siguen siendo invisibilizadas o relegadas incluso durante el propio “mes de la mujer”. El reconocimiento se importa; el talento local se posterga.

La segunda contradicción es más profunda y menos evidente: está anclada en la colonialidad del saber. Aunque las músicas mexicanas se formen dentro de la tradición del conservatorio —una tradición eurocéntrica por definición—, sus conocimientos y trayectorias no son legitimados de la misma manera que los de sus pares provenientes de Europa o Estados Unidos. La validación

artística continúa dependiendo de la geografía. La colonialidad del poder sigue operando, privilegiando ciertos acentos, escuelas y estéticas, mientras desvaloriza el trabajo de las mujeres que nacieron y se formaron en este territorio.

Así, la inclusión se vuelve simbólica y temporal. No transforma las jerarquías: las administra. El discurso de equidad convive sin conflicto con estructuras que reproducen desigualdad, invisibilidad y dependencia cultural.

Tal vez quien lea estas líneas no lo haga en marzo. Quizá sea diciembre o enero, cuando los programas de conciertos vuelven a girar en torno a Tchaikovsky, *El cascanueces*, *Sueños de invierno* o *los inevitables villancicos*. En esos escenarios, sin duda, hay mujeres tocando, cantando, sosteniendo con rigor y disciplina el andamiaje sonoro de la música clásica. Pero la presencia no equivale a reconocimiento.

Lo que sigue faltando es una reivindicación real de las trayectorias profesionales de las mujeres mexicanas en este ámbito: una legitimación que no dependa del calendario ni del gesto conmemorativo. Que no florezca un mes al año como las jacarandas, sino que persista más allá de cualquier estación.

La ideología, una característica más de tu persona

POR ERICK SALDIVAR



¿Crees en lo que crees porque estás convencido o porque te conviene? ¿Tienes la certeza de creer lo que crees porque así te lo enseñaron o porque lo has construido con base en tu experiencia?

La intención de este texto no es otra que reflexionar sobre la importancia que le depositamos a

nuestra ideología, con qué intención la defendemos y si realmente es necesario mantenernos inmóviles en la construcción de nuestros pensamientos, así como cuánta raíz dejamos crecer en ella para la toma de nuestras decisiones.

“El mundo está como está por causa de las certezas” es una frase

que Jorge Drexler acentúa en su canción Frontera. En mi lectura, se refiere a la toma de decisiones de la raza humana a partir de afirmaciones que ya no cuestionamos; la historia está fincada, básicamente, en certezas.

Si bien no trato de caer en lo absurdo de cuestionar si el rojo es rojo o si el azul es azul, sí pretendo dimensionar la paleta de colores en la que nos podemos desenvolver como raza humana.

La ideología está formada por valores, creencias e ideas; todas ellas son conceptos abstractos. Entonces, es válido cuestionarnos por qué decidimos defenderla a regañadientes cuando, al final, todo se resume en ello: una decisión que tomamos.

También cabe reflexionar si recibimos con apertura nuevas ideas que dan forma a nuestra ideología. Si nos asumimos de izquierda o de derecha, ¿partimos de ahí?, ¿o es la ideología la que se moldea al sector del que supuestamente formamos parte?

En su obra *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Louis Althusser expone lo siguiente: las “ideas” o “representaciones”, de las que parece compuesta la ideología, no tienen una existencia ideal, idealista o espiritual, sino material.

Althusser supone que “los aparatos ideológicos de Estado funcionan masivamente con la ideología como forma predominante, pero utilizan secundariamente, y en situaciones

límite, una represión muy atenuada y disimulada, es decir, simbólica”.

Asimismo, menciona al menos tres espacios en donde la ideología es impuesta a los sujetos: el Estado, la escuela y la familia. El ser humano adopta comportamientos impuestos o moldeados para “desarrollar” un criterio propio que, muchas veces, flota en lo abstracto. Insisto: la ideología es abstracta y no descansa en el razonamiento puro.

En el mundo actual, por periodos, se acentúan ideas o ismos que cobran fuerza en la sociedad, como el feminismo, el estoicismo, el nacionalismo o el sionismo, por mencionar algunos. Estos son impulsados por creencias que aparentemente adoptamos y consideramos correctas; sin embargo, desde la exigencia personal —pienso yo—, habría que cuestionarnos por qué decidimos defender nuestros ismos encarnados.

En conclusión, no nos empantanemos en una ideología, dado que, como todo lo abstracto, es cambiante y subjetiva. Mantengámonos en el continuo ejercicio de la autocrítica para diferenciar entre un crítico y un criticón. Démosle a la ideología su merecido lugar en la composición de nuestro ser, que iguale en porcentaje de cuidados a nuestro cuerpo, mente y espíritu. Cuestiona antes de adoptar una ideología.

LITERATURA

EL ESPECTADOR

POR HIRAM RUVALCABA

Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia.

LAS BATALLAS EN EL DESIERTO

JOSÉ EMILIO PACHECO

Mi hermano me había dicho que un conejo dormía en la luna. Me juraba que si un día podía comprarse un telescopio, me ayudaría a buscarlo para que lo viéramos toda la noche. Aquél era el tiempo de las sempiternas películas de Cantinflas y de las marchas estudiantiles. El Che —cuya imagen iluminaba nuestro cuarto— acababa de ser asesinado en Bolivia. La palabra crisis casi siempre iba acompañada por otra, también de seis letras, México, que ya nunca la dejaría sola. Díaz Ordaz era Presidente de la República.

—Míralo, está acostado. Desde aquí parece una mancha, pero con un telescopio podríamos verlo claramente —decía mi hermano, la luna era una enorme crisálida argentina que lo mantenía en un sueño eterno.

Inclusive cuando se fue a estudiar a México, no dejé de salir por las noches a buscar la luna llena que flotaba solitaria entre el cardumen de estrellas. Claro que no podía ver al conejo, pero con el tiempo dejó de interesarme porque me fui acostumbrando más a ella, a la luna. Pasados algunos meses ya era capaz de entender sus devaneos. Era mi Selene nocturna, mi lámpara suspendida del universo.

Es imposible describir mi asombro cuando mi padre me dijo que el hombre pisaría en unas semanas. No me sorprendía tanto como a él, pero lo creía igual de inusitado: aunque no sabía nada de física y no entendía muy bien las distancias, sabía que la luna era inalcanzable

y esta sola palabra significaba que la humanidad estaba a punto de conseguir algo maravilloso. Los anuncios del viaje se anticiparon varios meses en la televisión y en los periódicos. Algunos comerciales jugaban con la idea. “¿De qué color es la luna? Conozca pronto la respuesta con su nuevo televisor Sears Silvertone.” “Colores nuevos para mundos nuevos: ayer la Tierra, hoy la Luna. Sherwin Williams, la principal industria mundial de pintura.” “Filete mignon Apriete, ¡especialidad espacial para astronautas! Siempre hay algo nuevo en Aurrerá.” Otra cosa había cambiado: Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins eran los nuevos superhéroes. Se puso de moda decir astronautas: fue el esplendor de una nueva palabra.

Para esas fechas mi hermano se había ido para siempre. Recuerdo que el año anterior, después de semanas sin saber de él, mi padre había viajado varias veces a la Ciudad de México para buscarlo. ¿Alguien ha visto a este muchacho? Estudiaba física en esta universidad. ¿Conocen ustedes a mi hijo? Vivió en el departamento equis casi dos años. Nadie, nadie que se acordara de él. Mi padre regresó de su último viaje muy golpeado y silencioso; nunca nos contó qué había sucedido, se limitó a decirnos que mi hermano se había sumado a la larguísima lista de los desaparecidos.

Presenciar el acontecimiento era para todos una especie de homenaje a su memoria; era nuestra última —inútil— manera de quererlo.

Ese lunes Pedro Ferriz, Miguel Alemán Velasco y Abel Quezada estaban en Cabo Kennedy. Jacobo Zabludovsky retransmitía en Houston para Canal 2 —el telescopio más grande de México— lo que estaba ocurriendo. Los que tenían televisión fueron generando expectativa por aquel nuevo gran evento, que llegaba casi un año después de la olimpiada y de la matanza de octubre —de la cual ya nadie hablaba. Nosotros teníamos dos televisiones, la Ruidola —tenía sonido, pero la pantalla no servía— y la Rayuela —transmitía una imagen nítida, pero un accidente la había dejado muda y manchada con unas líneas horizontal—; como siempre, las encendimos juntas para no perder detalle de los valientes lunáticos.

Recuerdo las calles desiertas. Todos estábamos viendo la transmisión. Familia y amigos se apretaron en nuestra pequeña sala para ver el suceso: Neil Armstrong bajó del Eagle. “That’s one small step for man,

one giant leap for mankind” —más tarde, muchos años más tarde, entendí lo que estas palabras representaban. Buzz Aldrin se unió a él ya en la superficie lunar: plantaron la bandera de los Estados Unidos, tomaron fotografías, jugaron golf, saltaron en la superficie... Entonces, sin una razón particular, empecé a preguntarme si de algún orificio no iba a salir aquel conejo que tanto añoraba, si aquellos bravos selenitas no iban a liberarlo de la extensión árida. Vimos la tele otro rato. Mi madre se estremeció.

Vi a mi padre levantarse de su sillón, tomarla del hombro y llevarla hasta su cuarto. Escuché que hablaban en las escaleras: la voz de mi madre era un susurro estridente y doloroso.

—Si no se hubiera ido a estudiar a México, si se hubiera quedado con nosotros estaría aquí, viéndolo. Ya sabes qué contento se pondría... Todos lo sabíamos.

Después de algún rato se acabó la transmisión, el conejo —si lo había— siguió encerrado en la luna. Mi padre salió a despedir a nuestros visitantes y luego fue a sentarse en la sala, donde yo estaba ya solo. Me acarició el cabello.

—Hijo, fuimos espectadores de algo realmente importante. Los hijos de tus hijos te van a preguntar sobre esto... —gimió.

La luz de la lámpara en sus ojos encarnaba bellísimos reflejos galácticos.
—Realmente importante...

Nunca lo olvides.



EL FUEGO VIVO DE LAS POETAS BEAT

POR JESÚS NIETO RUEDA

Cuando se piensa en la oleada de voces literarias que emergieron en Estados Unidos durante los años cincuenta, se suelen referir los nombres de Jack Kerouac, Allen Ginsberg y William Burroughs, una triada de escritores que fue capital en el desarrollo de un movimiento que irrumpió con fuerza en medio de la sociedad de posguerra. Al lado de ellos está Neal Cassady, quien fungió sobre todo como una inspiración con sus cartas y su modelo de vida al margen de todo. Alguien más

pensará en Gary Snyder o en Kenneth Rexroth y quizás se mencione a Diane di Prima, como si estos nombres confirmaran la actividad literaria como una esencialmente restringida a la masculinidad.

Te quiero hablar ahora de un libro: *Women of the Beat Generation* de Brenda Knight (Conari Press, 1996), que lleva por subtítulo: *las escritoras, artistas y musas en el corazón de una revolución*, y obtuvo el American Book Award en 1997. Se trata de

un documento sustancial para dimensionar la participación de las mujeres en la transformación que implicó en la cultura estadounidense la presencia, sí de esos poetas que usaban camisas de leñador encima de camisetas blancas y pantalones de obrero, que trabajaban lo mismo de estibadores que en un estacionamiento de autos y que consumían drogas y escuchaban jazz, pero al lado de ellos, también, de un grupo de mujeres que no fueron menos activas ni menos audaces en su función como instigadoras de una revolución cultural.

El libro de Knight profundiza en escritoras como Lenore Kandel (1932-2009) o Diane di Prima (1934-2020), quienes lucharon por ser modelos alternativos de feminidad que exaltaban la libertad sexual, la maternidad como opción y no como mandato, así como la independencia económica de un contrato matrimonial. Di Prima y Kandel exponen los temas que atañen a la necesidad de expresar sus formas de vida como válidas en una sociedad que preconizaba la idea de la mujer como ser pasivo.

“La poesía ha abandonado los salones de clases y ha salido a las calles, y esto ha abierto paso a un flujo de polinización cruzada, muchos de cuyos frutos son viables en ambos medios” dice

kandel en Alquimia de palabras. En los dos centros principales de efervescencia beat: Nueva York y San Francisco, la poesía se reivindicó como un medio válido para la protesta política, la crítica social, así como para dismantelar una idea de la literatura que se restringiera a las estrategias ya conocidas. Continúa Kandel en su reflexión: “tanto la imaginación como el lenguaje solían ser minimizados y enmudecidos, convirtiendo al poema, las más de las veces, en un mero vehículo para las acrobacias literarias”. Las maneras de escribir que pusieron en práctica quienes suscribieron la propuesta beat apostaron menos por una vanguardia ceñida a la innovación formal que a revolucionar la ejecución del poema, tanto en su escritura como en sus diversas presentaciones públicas.

Los poemas de Kandel y Di Prima abundan en temáticas sexuales y evidencian una necesidad de poner énfasis en un feminismo que coloca el cuerpo y la intimidad también en el afuera del discurso literario. Di Prima, autora de Memorias de una beatnik (UNAM, 2020), deja clara asimismo la búsqueda espiritual de una generación cuya conciencia de crisis no dejó intacta ni uno solo de los pilares de una nación que pasó entre el siglo XIX y el siglo XX de ser un gran país de provincias

a convertirse en uno de los principales actores políticos, económicos y culturales en el mundo. Las guerras de Corea y Vietnam, las intervenciones del Tío Sam en Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Argentina, Chile, por nombrar solo algunas; la revolución feminista; el ecologismo; la reivindicación de los derechos civiles de los afrodescendientes, son todos problemas que atraviesan la literatura beat y que han implicado una manera diferente de entender las contradicciones de Estados Unidos.

Denise Levertov (1923-1997) llegó de Inglaterra como una autora joven publicada, fue punta de lanza y víctima de vilipendios provenientes de poetas misóginos que si bien abanderaban el movimiento beat no cuestionaban sus privilegios como varones.

Después de todo, la calidad literaria se impuso y Levertov fue reconocida como la talentosa escritora que era. Si bien al principio estuvo interesada en la estética ruidosa y escandalosa de la poesía beat, la autora fue abandonando esa tendencia y construyó un universo personal que se alejó de las diferentes escuelas poéticas. El impulso autónomo de Levertov puede verse reflejado en los siguientes versos de su poema "Otro viaje": "no la Historia, sino nuestras

historias/ un sueño brutal empapado en nuestras vidas,/desmesurado, abierto, ilusorio".

Durante los sesenta y los setenta, Levertov fue editora de poesía para la revista The Nation donde dio voz al trabajo de otras feministas y poetas activistas de izquierdas. Más adelante la autora también se sumergió en la búsqueda religiosa y se confirmó cristiana, explorando estos temas también en su poesía.

Aunque varias de estas personalidades han tenido una relación con México, vale la pena mencionar en específico a Margaret Randall (1936), quien vivió durante una época en nuestro país y protagonizó junto con el también poeta Sergio Mondragón uno de los proyectos literarios más originales de los años sesenta en México: El corno emplumado, una revista que operó como un abanico de la poesía que se escribía principalmente en el continente americano y que incluso incluyó a algunos autores europeos y asiáticos. Aunque El corno no se restringía a ser un órgano de difusión de la poesía beat, sí fue uno de los espacios en los que respiró esta tendencia y se apostó por su visión abierta a la novedad. El proyecto concluyó cuando en una editorial de la revista se expuso la indignación ante la

manera brutal en que intervino el gobierno en el movimiento de 1968. De ahí se acabó el apoyo estatal que permitía sostener la publicación. Randall se fue a Cuba durante una temporada y actualmente vive en Nuevo México.

No menos importante es Anne Waldman (1945), quien se percibe a sí misma como una heredera de la generación beat y quien reconoce en las mujeres que estuvieron antes que ella en el ámbito de la poesía como pioneras. Waldman fundó junto con Ginsberg la Jack Kerouac School of Disembodied Poetics en Boulder, Colorado y ha sido por

Bulder, Colorado y ha sido por años profesora de poética en dicha institución.

Consciente de la importancia de la performatividad del poema, de la necesidad de que la palabra interpele de viva voz a sus interlocutores, Waldman se ha hecho célebre con sus lecturas públicas. Solo para dejar una probada de su trabajo, cerramos aquí con el “Blues del antropoceno” en el que se manifiesta la herencia beat, donde se reivindica la esencia musical, la crítica social y la simpatía por las filosofías orientales. Cerramos así esta invitación a tentar el fuego.



PANDINUS IMPERATOR*

POR MARIANA MONCADA DELANDA

"La muerte digna
en el cuchillo"

piensa la emperatriz
de pelo trenzado

atraviesa su cuello
vierte vida
envenenada
por ese honor jigai*

su cuerpo sobre el piso
se abandona

pero la trenza negra
con la navaja ponzoñosa
mantiene el puño cerrado

**El escorpión emperador es una especie nativa de las selvas tropicales y sabanas de África occidental. Es uno de los escorpiones más grandes del mundo.*

**Vocablo japonés, se refiere al ritual de suicidio femenino.*



LA SEXUALIDAD DE LAS PLANTAS

POR EDUARDO ROJAS REBOLLEDO

Al amigo Juan Señorís

La ciencia botánica tiene una deuda pendiente con la figura de Iohannes Lordine de Pomerania. Sea por la mojigatería de unos o la desidia de otros, el caso es que aún nadie ha reconocido la importancia que Lordine tiene como precursor y mártir —sí, el primer y único mártir— de la fitografía.

Reconstruir la vida y obra de Iohannes Lordine, obliga —irremediablemente— a salirse de los encorsetados métodos de la ciencia histórica, y tentar aquellas otras verdades que sólo la voz literaria es capaz de revelar. Por eso la biografía de Lordine, en los pocos fragmentos que ha llegado hasta nosotros, es imposible de acometer si no dejamos que la Razón —esa con mayúscula— visite el mundo de la fábula y la fantasía.

Iohannes Lordine nace, según se deduce de su proceso inquisitorial, en la primavera de 1519. “Mi venida al mundo —diría Lordine— marcó mi destino: nací en un prado crecido de *bellis perennis*, y antes de probar siquiera la leche materna, tuve en los labios el polen y néctar de las flores, y antes de tener un paño de abrigo, fui cubierto de generosos pétalos, y sí, ya de neonato fui tentado por la sensualidad de los vegetales, y lo gocé, como lo he gozado en el resto de mi andar de vida: sin el menor arrepentimiento”.

El lugar al que hacía referencia Lordine de Pomerania habrá que ubicarlo cerca de la ciudad de “Monte del Rey”, la actual Kaliningrado. De su vida hasta los quince años existen algunos datos que han logrado escapar a la desmemoria: su madre —de la que sabemos que su nombre comenzaba por la letra K— fue una curandera, medio celestina, que se había hecho con la protección y la generosidad de la esposa del duque de Balsty. Situación, suponemos, que le permitió criar en soledad y sin privaciones a su único hijo. Y es que según se lee en los documentos que forman el archivo Balsty (resguardado en la Biblioteca Nacional de México), Iohannes Lordine pasó su niñez en una casa amplia y luminosa, en la que incluso había sitio para albergar “una numerosa

colección de yerbas, algunas secas, otras coloridas de vida, expuestas en cajas y frascos, y un sinfín de recipientes. Todas registradas a buena pluma y folio de carnero". En el mismo archivo se conservan también los primeros dibujos de Lordine: una colección de ilustraciones en trozos de pergamino de 19 x 15 centímetros. En ellas se aprecia una destreza precoz para el dibujo y una mirada prolija para representar el mundo vegetal en sus detalles más íntimos. Son veintidós —número cabalístico en la vida de Lordine— disecciones florales, cargadas de una sensualidad inquietante: casi erótica. Allí se pueden ver gineceos, androceos, pedúnculos y ovarios; frutos y semillas seccionadas: presentadas en sus partes más nobles; y pétalos plegados y húmedos como los labios de una concubina. No son únicamente imágenes de gran valor para la historia de la ciencia botánica, son también una fábula sobre la naturaleza desnuda, sobre la sexualidad primaria y silenciosa.

En 1535, poco antes de cumplir los dieciséis años, Lordine de Pomerania ingresó en la abadía de Ettal, perteneciente a la orden de San Benito. Todo indica que fue su madre, la señora K, la que movió mar y cielo —nunca mejor dicho— para que su hijo terminara vistiendo el hábito negro. Sin embargo, al estudiar los fragmentos que se conservan del proceso inquisitorial Lordine, no queda claro el motivo por el cual la señora K tomó esa decisión. Por un lado, entendemos que fue porque percibió en su hijo "los ademanes propios de un santo", y argumentaba el asunto diciendo que cuando Lordine caminaba por el campo, "las yerbas todas doblaban sus tallos, en mágica reverencia, y las flores, de toda forma y color, le abrían los brazos como un cáliz divino". Por el otro, sin embargo, resalta una razón contraria: la madre pudo ver en él "ciertas obsesiones torcidas de la carne que sólo la oración constante y una vida casta le podrían dar cura", ¿a qué se referiría con esto la señora K?, podemos suponer que se hace referencia, en primero, a los dibujos de Lordine, pues le parecen cargados "de un lujuria demoniaca", y, en segundo, por el hecho de haber visto a su único hijo, una docena de veces, "desnudo cual animal, retozando a plena luz, entre pétalos violetas". Sea por una u otra —incluso ambas razones—, el caso es que Iohannes Lordine de Pomerania cambió el terruño natal por una celda húmeda y estrecha de la abadía de Ettal.

En aquella su reclusión de Baviera, nuestro personaje pasó veintidós años —de nuevo este número—, hasta 1557. Allí aprendió, con gran soltura, el oficio de amanuense que le fue de gran utilidad en su labor

fitográfica; y, además, se encargó de un huerto de plantas medicinales y flores exóticas.

De este largo periodo podemos destacar dos hechos, documentados, de considerada importancia en la valoración del espíritu y del pensamiento de Lordine. Uno es la composición de su obra *Sexualitatis in herbas et plantae*; y el otro es la afrenta teológico-botánica que entabló con el prior de la abadía y que aparece referida en un apéndice del Tumbo Negro de la catedral de Múnich.

A la par que se dedicó al cuidado de su huerto —que, según se decía, era un jardín del Edén en miniatura— Lordine de Pomerania fue construyendo, a paso firme de hormiga, su obra *Sexualitatis*... Una obra que, para tristeza, se halla hoy desaparecida. Pero existen las suficientes referencias sobre ella como para que podamos destacar y resaltar su valor. La obra estaba formada por 66 folios de pergamino, pintado a color y con pan de oro, y dividido en tres partes: *sensualitas*, *passion* y *sexus*. Sabemos que cada uno de los folios tenía escritos, sin lógica ni orden aparentes, fragmentos del Cantar de Cantares y versos de Hildegarda de Bingen; además de estar ilustrados con variadísimos dibujos sobre las partes mínimas y reproductivas de las plantas, realizados con una mano obligada por la sensualidad más sublime. Doscientos años después de que Lordine hiciera estos dibujos, el jesuita Ignaz Tirsch, pintor y misionero en la Baja California, escribió: “la destreza puesta por Lordine de Pomerania en su *Sexualitatis* no es de este mundo. Allí he visto el alma, sí, el alma, de un sépalo que bebía del rocío. ¡Dios me diera ese don para contar lo que nadie sabe ver!”. Y ya mediado el siglo xix, encontramos otra referencia a la obra; se trata de un apunte del diario de Gregor Mendel —padre de la genética—, que dice; “después de mirar con detalle las cosas del tal Iohannes Lordine, me he quedado con una extraña sensación de abatimiento, yo que me creía un metódico científico experimentando con las flores del guisante, me he sentido una vulgar comadrona”.

Por otra parte, sabemos con certeza que la afrenta con el prior de la abadía fue la causa de su fuga de la orden en 1557. Siguiendo la breve narración del Tumbo Negro, vemos que el conflicto se desató porque Lordine desoyó las reiteradas órdenes del prior, órdenes que le obligaban a dejar de llenar de flores “lujuriosas” el altar de la Virgen:

“—Si no ofrendamos a Nuestra Señora con la cresta de un gallo ni con las ubres de una vaca, ¿por qué deberíamos llenarla de coloridas obscenidades nacidas de la tierra sucia?

“—No hay obscenidad alguna en la intimidad de las yerbas, monseñor. Es la sensualidad pura, como la del espíritu santo.

“—¡Será vanidad pura!, Johannes, recuerda que de una flor nació la manzana del pecado original.

“—Y también las uvas, y se vuelven sangre del Salvador”

Después de aquel enfrentamiento, el prior ordenó llenar de sal la huerta floral de Lordine, y Lordine decidió huir de la abadía de Ettal: sin avisar a nadie.

De allí al año de 1575, el vacío documental en torno a nuestro personaje nos impide reconstruir, como merecería, su último periplo. Sólo contamos con las actas del proceso del Santo Oficio, fechadas en ese año, y cuyo desenlace es la condena a muerte en la hoguera: con los 56 apenas cumplidos. Pero vayamos por partes.

La Inquisición lo apresó en Galicia, en un valle cercano a la ciudad de Santiago de Compostela. ¿Cómo llegó Lordine a aquellas tierras últimas del mundo? Para responder hay que echar mano de la voz popular: viajó en una barca construida con palos de rosa, cuenta el cuento. Entendemos que racionalmente no es una respuesta muy sólida, pero vista desde la fábula es hermosa.

Durante el largo proceso al que Lordine fue sometido (de enero a mayo), se mandó traer a infinidad de testigos, incluida su madre, la señora K. Entre los cargos por lo que se le acusó, leemos como principal el de “mostrar a almas inocentes las partes más impuras de la naturaleza, corrompiendo la creación divina con una mirada lasciva, propia del demonio”. Además, se le recriminó la costumbre de “comer las hierbas que crecen salvajes en los campos, igual que un animal sin dueño,” y la de beber agua de mar “como sólo lo hacen los peces porque Dios les dio ese don”. Por otra parte, salió a la luz, y se culpó de ello —cómo no— a Lordine de Pomerania, que en la comarca habían ido naciendo niños con

las pieles tintadas “de los colores propios de las flores”, y con las manos torcidas igual que ramas de olivo, “tal cual se ve en las imágenes que hemos hallado en posesión del acusado y de las que, sin dudar, y con festejo incluso, ha dicho que son obra suya”.

Ante semejantes cosas, Lordine sólo sonrió, como si supiera ya el martirio que le esperaba. Y no se equivocó, el Santo Oficio lo encontró culpable de hereje, de brujo y de practicar la dendrofilia. La condena: veintidós azotes y muerte en la hoguera: para purificar su alma.

Iohannes Lordine de Pomerania, como es tradición en los mártires e iluminados, guardó sus últimas palabras para lanzarle a los presentes y al mundo una sentencia profética: “cuando se cumplan los quinientos años de mi germinación, vendrá un elegido que, con y en mi nombre, se atreverá a llenar los muros de templos y palacios con flores desnudas, en una gran revolución, y todos aplaudirán su osadía”.



FERAL

POR MÓNICA GAMEZ

*Tus perros salvajes quieren libertad,
ladran de placer en su cueva cuando tu espíritu
se propone abrir todas las prisiones.*

Pobre vida
la he puesto en una jaula desde que era pequeña
criada en cautiverio
no conoce nada más allá de los barrotes
no sabe hablar ni comportarse.
Ella cree que es un perro
a veces que es un pájaro
otras veces cree que es el mismísimo viento.
Pobre, no sabe qué es de cierto
no sabe qué es desierto.
Esta vida es un encierro descomunal
con su cadena sangrante
y su pecho de muros
y su vientre con grilletes.
Un escombro malhumorado
que aúlla
a un tiempo hundido
en un lugar tramposo.
Pobre, pobre vida
no se mira a sí misma
no sabe hablar ni comportarse
ella cree que es el páramo donde duerme
que es la noche luneada
que es la sangre que quema
la rabia muerta de esta piel.
Pobre vida, mi pobre vida
la cosa más furiosa que existe
sin embargo, esplende.

DE SEGUNDAS VUELTAS

POR CLAUDIA DUCLAUD

Antes de comenzar, debo hacer dos aclaraciones. Uno: no veo nada sin mis lentes. Y dos: Dios jamás se da por enterado cuando le pido que no me deje caer en tentación. Ambas declaraciones, claro está, son apenas un mal intento por descargar algo de la culpa que, al final, es toda mía.

Caminaba sola, lejos de casa, el verano ardiéndome en la piel bajo ese sol ajeno que calentaba el aire por arriba de los cuarenta grados. “¿Estás en Nueva York?”, decía el infausto mensaje con el que comenzó todo.

F había visto las Instagram stories que subí; nada raro: me stalkeaba desde que nos separamos; y yo, por alguna razón enfermiza, en lugar de bloquearlo, disfrutaba que lo hiciera. Lo atípico fue que esa vez, la primera en tres años, se animó a escribirme. Así, a quemarropa, sin arriesgar ningún desabrido preámbulo que intentara romper el hielo, inquirió si me hallaba en Nueva York.

Pude haber ignorado su mensaje. Dejarlo en visto habría sido un todo un posicionamiento; algo grosero, sí, pero lo suficientemente contundente. Lo malo fue que no estaba yo para contundencias, sino para dejarme caer en el irresistible precipicio de los ojos verdes de F. “Sí”, tecleé desde el café en Brooklyn donde desayunaba una tostada embarrada de aguacate que vendían a precio de foie gras, y dudé antes de presionar el botón de enviar. Apenas leí en la pantalla “Mensaje enviado”, ya me había arrepentido.

¿Para qué le respondes?, me reprimió una voz que no sé si provenía de mi cabeza o de los despojos que el cabrón de F me había dejado por corazón. Es obvio dónde estás, ¿no? ¿La Estatua de la Libertad no lo deja suficientemente claro? Por su parte, otra voz que salía de mis entrañas o de poquito más abajo me reprimió por haber sido tan parca: ¿“Sí”?

¿Así a secas? ¿Dónde están tus modales? Pareces una incivilizada, o peor aún: una “ex” resentida.

Un nuevo mensaje brilló en mi celular. Hice acopio de todo mi autodomínio para no leerlo de inmediato; había que dejar bien claro que, para mí, recibir mensajes suyos era una trivialidad y no algo que trastocara mi día. Por eso decidí esperar diez minutos antes de hacer click en “Abrir”. Levanté la mirada y busqué al camarero para ordenar más café.

Pero, ¿a quién pretendes engañar?, se burló la voz en mi cabeza, eres incapaz de esperar tanto. Tenía razón: no habían pasado ni veinticinco segundos cuando ya revisaba el mensaje con la avidez del mendigo que hurga en la basura. El mensaje que encontré apestaba peor que un contenedor de desperdicios: una foto de F, abrazando a una voluptuosa Gatúbela y a una atlética Harley Quinn, los tres sonriendo bajo las luces multicolores de los espectaculares de Times Square. “Yo también estoy en la Gran Manzana”, se leía al pie de la imagen. Mi cuerpo reconoció enseguida aquel F’s double special: gancho directo al hígado y patada justo en la autoestima. Desvié la mirada hacia el aguacate en mi tostada y lo imaginé ardiendo en llamas al contacto con las olas de bilis que mi hígado estaba vertiendo.

Me pregunté por qué elegí pasar el verano en Nueva York y no en cualquier otro lugar del mundo. Podría estar en Puerto Rico, por ejemplo, tumbada en una hamaca y tomando daiquirís como endemoniada; no en esa enorme metrópoli de hierro y asfalto recibiendo el tercer mensaje de F: “Veámonos esta noche”, y antes de que tuviera tiempo para reaccionar, el cuarto ya vibraba en mi mano: “¿Cenamos en Eleven Madison? ¿Paso por ti?”.

Habían pasado años y F no había cambiado un ápice, era el mismo cretino pagado de sí mismo que piensa que el mundo entero debe modificar sus planes para ajustarlos a los suyos. Y como yo tampoco había madurado ni un poquito y seguía siendo la misma timorata migajera de atención con graves dificultades para decir que no, era de esperarse que mis dedos escribieran el nombre y dirección de mi hotel seguidos de un “Búscame en el lobby. 8 pm”. El resto del día lo dediqué a arrepentirme y a renegar: ¿El Eleven Madison? ¿En serio? ¿No se le pudo ocurrir algo menos acartonado y pretencioso?



Con horror descubrí que nada de lo que había en mi maleta se adecuaba al código de vestimenta del lugar, así que dediqué la tarde a correr de tienda en tienda y de un barrio a otro en busca de un outfit pertinente. Por fin, en una boutique del Soho hallé un vestido que parecía la opción ideal: tan negro, tan corto y tan letal como un infarto. Ya en el taxi, con los pies hinchados de tanto caminar y embutidos a la fuerza en los estrechísimos zapatos de tacón que debí comprar para combinar con el vestido, me di cuenta de que había olvidado mis lentes sobre la mesa de noche. Traté de ser optimista: si todo iba bien, no iba a necesitarlos mucho.

¡Qué bien te ves, F! ¿Pero tú qué me dices, si estás guapísima? Intercambiamos piropos por un rato, nos contamos las novedades y reímos al recordar viejas anécdotas; pero los minutos pasaron y sucedió lo inevitable. La emoción del reencuentro, tan genuina al comienzo, se tornó poco a poco en una tensión que nos hizo recordar la razón de nuestra separación: su megalomanía era la pólvora y mi intolerancia la chispa.

Antes de una hora ya había circulado por nuestra mesa una pródiga degustación que incluía caviar aderezado con la pedantería de F; almejas en velouté bañadas en salsa de mis sarcasmos ácidos; una sublime espuma de cangrejo acompañada de las opiniones no solicitadas de ambos; y una ternera a la trufa tan cruda como mis críticas mordaces. De postre tuvimos un derroche de mansplaining y tres bolas de helado de nata con polen; todo debidamente maridado con dos botellas de vino francés que no tardaron en hacer su efecto en mi cada vez más furiosa impaciencia.

Como pude, hice un cálculo veloz y dejé doscientos dólares sobre el mantel. ¿Sabes que, F? Le dije poniéndome de pie y notando que mi lengua arrastraba penosamente las consonantes. Voy a caminar de vuelta a mi hotel. Sola. Sin nadie que pretenda explicarme lo vertiginoso de Nueva York o lo gris del Hudson. F puso cara de no entender el porqué de mi rabia, pero tampoco hizo nada por detenerme.

Apenas puse un pie en la calle, busqué instintivamente mis lentes dentro de mi bolso. No tuve tiempo de lamentar mi olvido, pues ya sentía las arcadas del vino subiendo hasta mi garganta. Ni loca entraría de nuevo en el restaurante, miré alrededor tratando de hallar algún local abierto

para usar el baño. Nada. A unos cien metros, debajo de unos ruinosos andamios, divisé lo que parecía un contenedor de basura y corrí hacia él, confiada en que la soledad y el anonimato que regala una ciudad de diez millones de habitantes serían el embozo perfecto para mi desvergonzado acto de devolver el contenido de mi estómago.

Vomitó la carísima cena, el vino y mi resentimiento sobre ese dispensador de periódicos que mi miopía confundió con un bote de basura. Volteé en todas direcciones, deseando que nadie me hubiera visto. Entre el vestido, los zapatos y la cena, en pocas horas había gastado un dineral; nada más faltaba que un tendero trasnochado me cobrara los diarios estropeados o que un policía me multara por conductas poco decorosas en la vía pública. Para mi fortuna, nadie se apareció; pero alcancé a ver la silueta de F que se atrevía a dedicarme un último gesto de desaprobación y negaba con la cabeza antes de abordar un taxi.

Crucé Central Park con los zapatos de tacón en la mano y caminé por la 5ª Avenida hacia mi hotel. No sé si fue la borrachera, pero no sentía frío a pesar del viento que sacudía las magnolias de la acera. Pensé que, después de todo algo dentro de mí sí había cambiado: en adelante diría que no siempre que necesitara hacerlo.

Subí a mi habitación y mis lentes me recibieron reflejando la luz azulosa de las marquesinas de afuera. El celular vibró en mi bolsillo; era un mensaje de F. No quería leerlo, así que lo borré; estaba convencida de que a los exámenes, lo mismo que a los muertos, hay que dejarlos descansar en paz, pues pocas cosas se auguran tan deslustradas como las segundas vueltas.

JUEGO CON LA CARA DEL POETA

POR ESSAÚ LANDA

COMENCEMOS, GRIEGOS: Homero no tiene rostro.

Si no fuera mono, compraría mi diccionario
pero compro el agua clara, cara que se desparrama.

Si esto de jugar se trata, habrá que disfrutar de empeños
reinventarse los trabajos, los trebejos
y saber concatenar movidas
y volver a descontar las horas
y aprender a desmontar los días.

¡Ay, poeta de la lengua dueña, de la lengua esclava, de la lengua
trepadora! (que hay poeta que es la lengua mustia tras los dientes
sosegada)...

Tú, poeta,

¡habla o ladra!

que tu lengua muda nos ofende.

Contenida mi palabra es tan palabra como tu silencio casi así
desesperado

al final del ruido, un lobo

nuestro rostro

¡cómo aúlla nuestra sangre perra!

agua, fluyen sin facciones tus palabras

pero hay rostro que se rompe

retorciendo la sonrisa

en la lluvia cuaja la mirada

rostro pálido vitral que se acuarela

corre el agua, se llevó el instante
nuestra cara de la ceja arqueada, carcajada infante
arrugó la frente confundida y olvidó el donaire
nuestra cara es nuestra—y al final de nadie—
una máscara en el río del aire
no éramos nosotros nuestra cara
que al final será de polvo y se hace nadie

llueve afuera, llueven los televisores funestos
mas nosotros encontramos más amargas las goteras
y cerramos los ojos

en los ojos del jardín del mundo comenzaba el mundo
comenzaba como el agua a desplomarse
el agua acaso que aprendió a caer como el albatros
como el niño se cayó en el parque
como nube que aprendió a caer, metió las manos
se embarró las manos en el lodo al deshacerse
una cara es un narciso en el estanque
otra cara el lodo primigenio del primer desplome
como luna en el vaivén del agua
gota a gota se alambica el rostro verdadero
no es la luna una sino muchas caras
es la luna que se atomizó en el agua
luego se escribieron una y muchas lunas en la arena

no es la cara en el espejo, es una idea
es el rostro de Velázquez la menina
la menina no es la niña, es la menina
que a Picasso se revela desarmada
se acomoda a oscuras ese rostro
cielo desastrado
porque el ciego sol nos ciega
—¡ciego sol que nutre y quema!—
ese ciego siempre nos volvió ilusorios

**HAZ CLIC EN
EL NOMBRE
DEL AUTOR**

**ESTO NO
TERMINA,
AQUÍ**

MÚSICA CINE ARTES

A portrait of Sofía Comas, a woman with dark, wavy hair, wearing a black lace top and gold jewelry. She is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a solid yellow color. On the left side of the image, there is a vertical strip showing a green leaf, a patterned fabric, and a red rose.

SOFÍA COMAS

POR ARMANDO NORIEGA

Ojalá la vida aprenda a decirlo sencillo

Después de mirar al cielo durante años, Sofía Comas decidió bajar a la tierra y aprender a decirlo todo con palabras sencillas

España está cerrando mezclas. México escucha. La imagen llega con un ligero desfase: la voz entra antes que el gesto, el gesto antes que la palabra. Sofía Comas habla de descanso mientras enumera obsesiones. Dice que intenta bajar la frecuencia, pero su pensamiento no se detiene. Nunca lo hace. El descanso, en su caso, no es pausa: es tránsito.

Durante casi dos años vivió dentro del cancionero mexicano. No como oyente casual, sino como quien se sumerge en un idioma hasta que empieza a pensar desde ahí. Canción popular, autores mayores, folclor, televisión mexicana de los treinta y cuarenta, espectáculos de variedades. Todo eso se fue quedando en el cuerpo. Cuando terminó las canciones del nuevo disco, entendió que no tocaba buscar otra obsesión, sino cambiarla de lugar: dejar de mirar el sonido y empezar a pensar la escena, el vestido del disco, su forma de aparecer en el mundo. Descansar, dice, es no sostener la mente en esa frecuencia tan alta. Aunque admite que parar del todo es imposible.

Sofía trabaja por conceptos. Investiga con rigor, se sumerge en los mundos que quiere abordar, pero cuando llega el momento de crear, se olvida de todo. Confía en que ese conocimiento ya está alojado en el cuerpo. El misterio no está en lo desconocido, sino en la confianza. Avanzar incluso cuando aparece la pregunta inevitable: ¿por qué me he metido aquí? ¿Cómo voy a hacer boleros y rancheras? ¿Quién me creo para entrar en este terreno? El miedo aparece justo antes de empezar. Y ahí, dice, no hay otra opción que confiar en el misterio propio, no recoger cable, sostener el paso firme aunque tiemble.

México no llega a su obra como postal ni como idea abstracta. Llega como lenguaje. Antes hubo otro viaje: el cielo. Un pájaro rojo nació del duelo por la muerte de su padre y de una búsqueda espiritual que la llevó hacia civilizaciones antiguas, geometrías sagradas, mitos, poesía náhuatl. Nezahualcóyotl apareció por recomendación de un amigo poeta, y un verso —no cesarán mis cantos— se volvió la raíz vertebral del disco. Ese álbum miraba hacia arriba. Hablaba con los muertos. Habitaba la ausencia.

Pero después de dos discos mirando al cielo, Sofía sintió la necesidad de mirar al frente. Bajar a la tierra. Encontrar una forma de decir que no se escondiera en metáforas cifradas. México apareció ahí como respuesta antes de ser pregunta: la canción canción, la palabra sencilla, el verso



directo. José Alfredo Jiménez, Juan Gabriel, el Son Jarocho. La poesía popular como territorio complejo, porque en la sencillez no hay refugio. Decir poco cuesta más que decir mucho. El miedo no estaba en lo ajeno, sino en lo claro.

El duelo, en su obra, no responde preguntas. Las evita. Hay cosas que no se responden nunca. Lo que sí puede hacerse es convertir la experiencia en paisaje. Estaciones del año, escenarios emocionales, personajes mínimos. En lugar de fases psicológicas, imágenes. En lugar de explicación, relato. Aportar belleza, incluso cuando esa belleza duele. No para embellecer el dolor, sino para darle otro peso, otra manera de ser transitado. Honrar y aceptar. Sofía habla del duelo como un ejercicio profundamente humano: inventar cuentos para explicar lo que no entendemos. Narrar para no desaparecer.

Su trayectoria no se organiza como una línea ascendente, sino como una serie de ejercicios. El primer disco fue el acto de nombrarse: su primer proyecto a su nombre, la decisión de dirigir un mundo propio, de trabajar desde la vulnerabilidad porque ahí, dice, hay verdad y aprendizaje. El segundo fue reconocerse: entender quién era y, desde ahí, ponerse nuevas premisas que dieran miedo. Laboratorio, electrónica, cintas, samples, dos personas frente a un ordenador. También la escena como problema: cómo llevar eso al directo, cómo sostener un proyecto sola y en equipo al mismo tiempo.

Este nuevo trabajo es otra cosa. Es limpieza. Quitar capas. Usar un lenguaje que todos entiendan sin subtexto. No huir de los lugares comunes, asumirlos como lo que son: espacios compartidos por algo. "Ojalá la vida te quiera enseñar cómo se aprende a amar", canta ahora, sin rodeos. Jugar a ser directa. Aprender guitarra porque una ranchera en piano no funciona. Volver a ponerse en un lugar incómodo. No saber aún cómo será el directo. No tener todas las respuestas. Seguir sorprendiéndose.

A veces, la identidad se revela en lo mínimo. Sofía se da cuenta de que dice ajá todo el tiempo, de que el gesto del dedo llega antes que la frase. El mal del puerco le nombra una sensación exacta. Agarrar desplazó a coger sin esfuerzo consciente. Las palabras la adoptaron antes de que ella las adoptara. El territorio entrando por el lenguaje, sin pedir permiso.



La pantalla sigue marcando la distancia entre España y México, pero el cuerpo no entiende de husos horarios. Sofía Comas no habla desde la certeza, sino desde el movimiento. No concluye: se coloca, una vez más, en un sitio que no controla. Ahí, donde todavía hay riesgo, empieza de nuevo la canción.

An illustration of a woman in a black dress and hat, seen from behind, operating a large, vintage-style camera mounted on a tripod. She is standing in the middle of a wide city street, flanked by tall, multi-story buildings with many windows. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting late afternoon or early morning. The woman's shadow is cast long on the ground in front of her.

MATILDE LANDETA Y LA REVOLUCIÓN EJIDAL EN EL NORTE FRONTERIZO

POR GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

Matilde Landeta, la famosa directora pionera del cine mexicano, era un nudo de fuerzas en conflicto: indignación y júbilo, rebeldía en pie de guerra y un escepticismo que no renegaba del humor cuando se decantaba en carcajadas sonoras, en desplantes de impulsividad y alegría. Independiente como pocas mujeres de su época y determinada a vivir su libertad en un mundo de hombres que eran y son famosos por su genio terrible y su carácter de tiranos, Matilde Landeta supo hacerse un lugar en la fábrica de los sueños colectivos, en el mundo del cine. Nacida el 20 de septiembre de 1910 en la Ciudad de México, Landeta creció en un ambiente presuntuoso, clasista. Pronto la niña Matilde descubre el espíritu porfirista que ronda su propia casa:

Mi primer concepto de la realidad social, de la injusticia social, fue cuando tenía como siete años. Mis tíos eran comerciantes de mayoreo, dueños de una tienda y eran importadores y exportadores, compraban las siembras completas de los ranchos, de las haciendas. Había días en que llegaba el maíz y en San Luis descargaban del ferrocarril los carros llevados por mulas. Llegaba el maíz, el frijol, todo. Teníamos una casa muy grande en San Luis Potosí, con tres patios. Pero esa vez era plena revolución, había hambre. Los pisos del suelo de las calles de San Luis, hasta la fecha son de adoquines. Entonces salgo yo al balcón principal, que era un balcón grande con otros dos chicos a los lados y me trepo a ver la gritería y vi –cómo me sorprendió–, pero había gente del pueblo, mujeres y niños, recogiendo los granitos de arroz de las juntas del adoquín, y aquello me impresionó mucho, yo había visto que la casa estaba llena de arroz, maíz, frijol, pero aquella gente estaba juntando los granitos, los niños con sus sombreritos de petate, las mujeres con su reboso, entonces entré indignada (tenía siete u ocho años) a reclamar a mi abuela a gritos, llorando por qué no les daban ese arroz, por qué iban a tener que estar en el suelo, juntándolo como pollos. Esa fue mi primera visión de la injusticia social.

A medida que iba creciendo, Landeta comenzó a resentir el peso de la autoridad. En realidad, su rebelión fue en contra del papel de mujer sumisa, casta, pura, abnegada y callada que las demás mujeres de su casa seguían al pie de la letra y que intentaron, por todos los medios a su alcance, imponerle a aquella niña cuyo carácter se fortalecía con cada nuevo enfrentamiento entre sus deseos individuales y las leyes inflexibles que regían a su familia y normaban la conducta común de sus

integrantes. Era una lucha desigual, sin cuartel, frente a un círculo de mujeres que defendían un concepto autoritario, jerárquico de la vida. Eran tías y primas inteligentes y maliciosas, perfectas en hábitos y costumbres, monjas y adoradoras de la vela perpetua que veían la religión como el mundo real, el único posible, donde todo se medía con la escala de premios y castigos. En ese mundo obtuso, pleno de incienso y letanías, de murmuraciones y soberbia, la niña Matilde se fue haciendo Matilde Landeta. Mucho ayudó que aquel orbe impecable e implacable fuera hecho pedazos ante los embates revolucionarios. Haciendas y comercios familiares se vinieron abajo. Una parte de la familia –su abuela materna en especial– quedaron en la ruina: los orgullosos Landeta. Pero otra rama familiar, cosa curiosa pero vital para el posterior desarrollo de Matilde, salvó los obstáculos financieros metiéndose de lleno en una industria arriesgada y naciente, a la que nadie le auguraba un gran porvenir: la producción cinematográfica. En 1932, a los veintiún años de edad, Matilde llevó a cabo dos pasos definitivos para el resto de su vida. A esa edad se naturalizó mexicana: “Porque todavía la ley no me daba el derecho inmediato de ser mexicana, porque aún no había ley en la que todo aquel que nace en México es mexicano, sino que tuve que pedírselo a la Secretaría de Relaciones Exteriores que me hiciera el favor de considerar que yo no tenía nada de española, que había nacido en el templo mayor, con raíz profundamente mexicana”.

Ese es el primer paso: reconocerse como un ser autónomo de su familia orgullosamente vasca y española. Fue una bofetada a sus parientes con el guante de la nacionalización. El segundo paso fue decisivo y fortuito a la vez: un exnovio de una de sus primas y conocido cercano de Matilde era el periodista y escritor Carlos Noriega Hope, quien se había destacado por promover el cine hecho en México y que, para 1932, estaba en plena campaña en favor del cine hablado producido en el país. Al encontrarlo a la salida de la escuela, Matilde le comentó que uno de sus hermanos, Eduardo Landeta, estaba sin trabajo y Noriega Hope le ofreció trabajo en los estudios La Nacional, en Chapultepec, como ayudante del productor Luis Sánchez Tello y más tarde como actor. Para Matilde fue como si se abrieran frente a ella las puertas de la realidad. Ni tarda ni perezosa tomó sus cosas y se marchó de la opresiva casa familiar. Sin pedir permiso se fue a vivir al departamento de su hermano y se apersonó, muy quitada de la pena, en los estudios de La Nacional, donde le explicó su decisión a su hermano, pero éste le dijo que “no”, que no podía salirse de la casa como él, que era hombre y podía hacer

con su vida y reputación lo que le viniera en gana. Pero Matilde no se amilanó y su respuesta dejó ver, sin lugar a dudas, que no era una clásica señorita de colegio de monjas sino una mujer de armas tomar: “Aquí me quedo. Al infierno la familia, me importa un demonio lo que piensen o digan”. Y se quedó.

Pronto, muy pronto, pasó a ser una scriptgirl en *El Prisionero 13* (1932) de Fernando de Fuentes, director con el que trabajó en otras cintas memorables, clásicas todas, de los inicios de la industria cinematográfica nacional, como *La Candelaria*, *El compadre Mendoza* y *Vámonos con Pancho Villa*. Eran tiempos legendarios, cuando hacer cine era una aventura de alto riesgo y se compartía un sentido de comunidad, de comuna, entre todo el personal que hacía una película: productores, directores, actores y técnicos. Y de ser una simple asistente, una muchacha que cuidaba las escenas y los diálogos, Matilde Landeta fue abriéndose paso con las únicas armas con que contaba: su talento y su talante. Dura entre los duros, incapaz de aceptar condescendencias, con una enorme capacidad de trabajo y una auténtica voluntad por conocer todos los aspectos de la creación cinematográfica, Landeta se volvió una experta, indispensable a la hora de recabar opiniones sobre guión, iluminación, edición o escenografía. Para saberlo todo, trabajaba más que los demás, se traspasaba en afanes y esfuerzos. Era, para mediados de los años treinta, una mujer flaca y exhuberante al mismo tiempo, de la que se enamoraría un militar salido de la revolución, el coronel Martín Toscano.

En 1933 se casaron y tres años después comenzó el primero de los dos únicos desarraigos que Matilde Landeta tendría con la industria del cine en México. Toscano, como buen cardenista, obtuvo una concesión de tierras para colonizar, ya como civil, en la frontera norte de México, en el valle de Mexicali; tierras que estaban a punto de ser expropiadas, por el gobierno del general Lázaro Cárdenas, a una compañía estadounidense llamada la Colorado River Land Company. Sin saber a ciencia cierta en lo que se metían, el matrimonio Toledano Landeta se trasladó casi dos mil kilómetros hasta Baja California, sólo para encontrar un valle altamente redituable en cultivo algodónero, triguero y de hortalizas, pero enmarcado por un clima extremadamente caluroso, con un verano de seis meses de duración, que los puso a prueba en todos sentidos. Era, además, el encuentro de Matilde con la cultura estadounidense en todo su esplendor, el choque con una realidad que de inmediato aborreció por la ignorancia y vulgaridad de la cultura anglosajona, por su arrogancia y su poco respeto ante lo mexicano, ante los mexicanos:

El Mexicali al que llegamos era todo menos mexicano. Abundaban los chinos, gringos y japoneses. Los de la tortillería eran japoneses, los de la comida eran chinos. Y los dueños de la tierra eran gringos. Yo firmé un contrato de riego porque no estaba Martín. Llegaron con los papeles para autorizar la merced de agua que daba la Colorado River Land Company. Me quedé muy adolorida de firmarles a los americanos para que me dieran el agua a la que tenía derecho como mexicana. Pero me tocó cuando el general Cárdenas expropió y mandó a la goma a todos los propietarios de esas tierras, y sobre todo a los que le habían comprado a la Colorado, como era el caso de Martín, mi esposo.

Enfrente del Palacio de Gobierno de Mexicali había un parquecito y llegaron ellos, los agraristas. No sé decir cuántos eran, eran muchos campesinos. Venían desde Michoacán, Guanajuato, de los estados del centro de la república. En ese tiempo no había hoteles, no había casas, no había nada, estaban acostados en el parque mientras se tramitaba que dejáramos las tierras para ellos. Martín accedió y como ya estábamos viviendo en Tijuana –porque yo me había insolado aquí–, vino, entregó las tierras, el tractor, se llevaron mi yegua, y nos fuimos a Tijuana. Esperamos un poco, no sé porqué, y nos regresamos a México otra vez en automóvil por Laredo y bajando luego por la huasteca.

Tijuana era totalmente gringa y tenían unos carritos con burritos, con sarape y un sombrero de charro para que todo mundo se tomara la foto de que había estado en México. Un día me encontré a unos gringos que me preguntaron que si dónde estaba el presidente: “¿El presidente de México? No. Aquí es México, pero es Tijuana”. “No, si aquí es México”, decían. “Bueno, sí es México, el país, pero el presidente está allá, a muchos miles de kilómetros de aquí”. Luego recuerdo cuando estuve viviendo en Tijuana –creo que viví algunos meses–, mientras se arreglaba todo para que regresáramos. Los sábados en la noche eran de espanto, porque venían los gringos exclusivamente a tomar por toda la avenida Revolución, que era la cantina más grande del mundo. En el Cesar's había en la puerta de ese cabaretucho un individuo aplaudiendo y diciendo: “Pasen, pasen, les enseño a mi hermana desnuda”. Y en la noche oías gritos como de lobo: y era que andaban aullando los gringos.

Ahora, a principios de 1937, Matilde Landeta ha entendido cuál es su camino: no un matrimonio que terminará en divorcio en 1943, sino el trabajo constante en lo único que ella habrá de amar con pasión indeclinable: el cine. Poco a poco se ganó la confianza de productores y técnicos. Poco a poco venció las incomprensiones, los prejuicios

machistas (“las mujeres sólo sirven para obedecer órdenes, no para darlas”) y los obstáculos económicos. Pero Matilde ya estaba curtida en batallas, venía de un arduo entrenamiento familiar y no cejó en su empeño de convertirse en directora de cine. Quería estar, al contrario de muchas mujeres de entonces y de ahora, detrás y no delante de las cámaras. No quería ser una estrella del glamour nacional, una actriz de la época de oro del cine mexicano, sino una creadora de imágenes, una relatora de historias; alguien que pudiera, como ella misma lo repetiría una y otra vez, “dar otra visión de las cosas, mostrar el otro lado del drama, no el charrito mataperros ni el galancito de moda, sino la posición de la mujer, su fuerza, su fortaleza, lo que podemos hacer si nos desatan, si nos dejan vivir a nuestro modo, a nuestro ritmo”. Y es así que sus películas funcionan como declaraciones de principios, como manifiestos de esa otra realidad. No es su cine un cine feminista en cuanto a que no tiene un ideario visible y ostentoso, pero es, indiscutiblemente, un cine con un punto de vista femenino. Una mirada de mujer que atiende a las mujeres-protagonistas de sus filmes, mujeres de fuertes personalidades que contrastan, que colisionan con su entorno; que no aceptan el mundo sin dar pelea por sus sueños y ambiciones, por sus deseos y querencias. Tanto en *Lola Casanova* (1948), *La negra Angustias* (1949) y *Trotacalles* (1951), su trilogía fundamental, como en su cinta de despedida, *Nocturno a Rosario* (1992), realizada al final de su vida, los personajes femeninos definen su obra, enarbolan su interés por la condición humana de la mujer en circunstancias azarosas y tiempos turbulentos.

Para llegar a ser directora, sin embargo, Matilde Landeta tuvo a su favor su capacidad de aprendizaje hasta los mínimos detalles y su camaradería con el personal de los estudios cinematográficos, a quienes siempre trató como sus iguales, como compañeros de trabajo antes que como empleados bajo su dirección. Landeta misma reconoció que ya para 1943 había participado en 75 películas y empezaba a querer ser asistente de director, quería probarse a sí misma. Ya otra directora de una generación posterior, Marcela Fernández Violante, ha dicho que Matilde “después de 1951 se opaca su buena estrella”, tal vez porque “Landeta, sin proponérselo, se había convertido en la mosca en la oreja de muchos directores”. A pesar de los agravios recibidos y el ninguneo de una parte de la prensa, el México de los años cuarenta y cincuenta vivía encasillado en una serie de estereotipos y géneros donde las fórmulas de antaño (la comedia ranchera, la gesta patrioter, el melodrama sentimental) repetían hasta el hartazgo sus esquemas, tramas y personajes.

En ese contexto, la visión de Landeta, por más moderada que haya sido, contravenía las reglas del juego y los papeles tradicionales asignados al hombre y a la mujer en el cine nacional.

La propia Matilde era consciente del muro de prejuicios que obstaculizaban su desarrollo profesional. El cine de Matilde expresaba una fuerte carga de romanticismo, de rebeldía más que de revuelta. Lo que importa en él es cada uno de sus personajes y no la abstracción conceptual, llámese libertad o justicia. Para Matilde Landeta, que murió en 1999, lo que había logrado era dar un paso significativo, esencial, para que las mujeres mexicanas hicieran suyo el lenguaje cinematográfico y construyeran un nuevo imaginario colectivo, más rico y más diverso. Un lenguaje cincelado bajo el sol del desierto fronterizo, cuando Matilde descubrió que era capaz de valerse por sí misma fuera de su entorno, que para sobrevivir en estas lejanías debía poseer un corazón fuerte y solidario, capaz de percibir la hazaña cardenista de mexicanizar las tierras del valle de Mexicali, aunque a ella y a su marido le costara toda una cosecha. En la frontera norte había aprendido que el bien común es mejor que la ambición personal. Y ese sentido de nacionalidad sin fanfarronerías, ese sentido de que ninguna revolución agrícola pudo ser hecha sin la participación decidida de las mujeres pioneras de las tierras ejidales, lo trasladó a sus películas. Lo convirtió en personajes femeninos de entrañable fortaleza. Lo hizo arte.

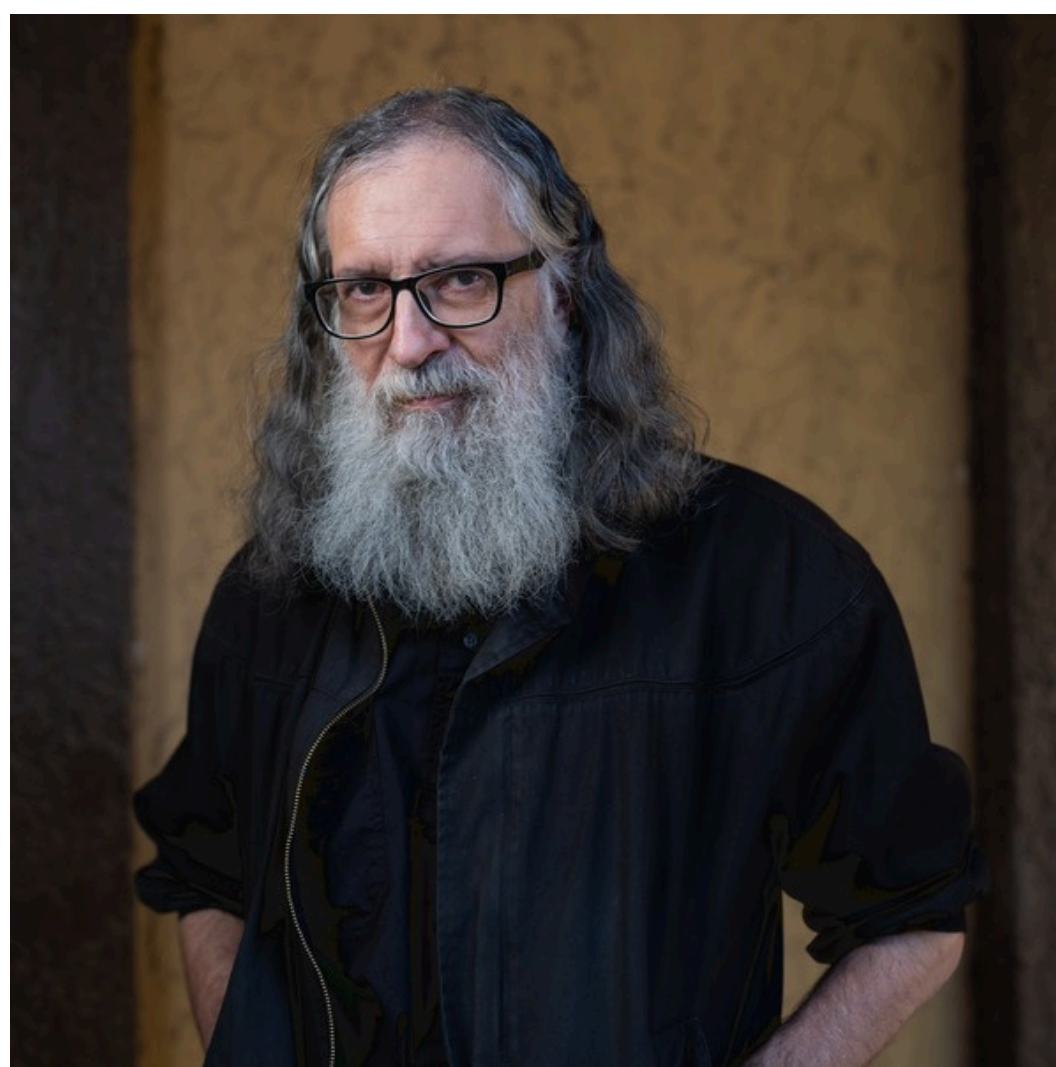


SEMANARIO
PUNK

COLABORADORES



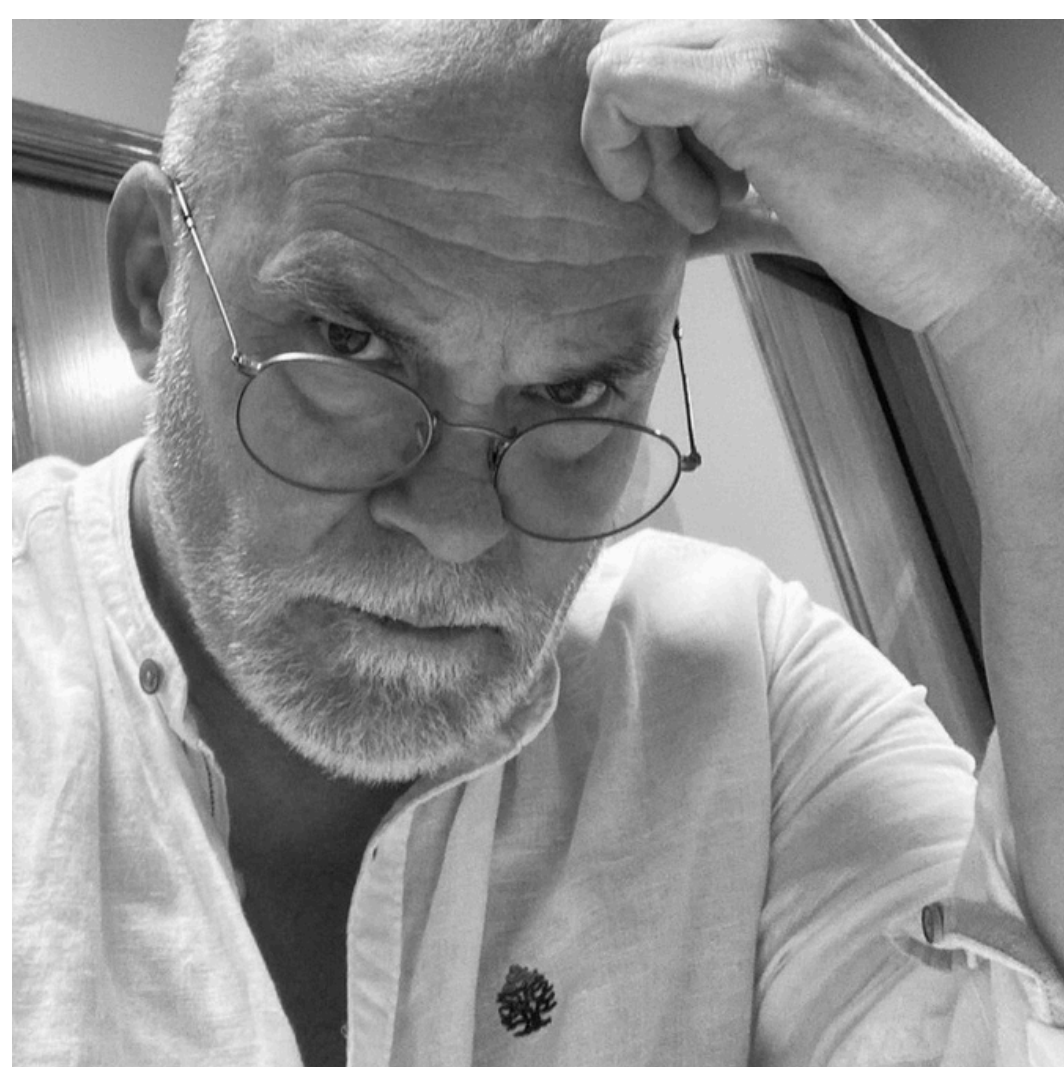
Hiram Ruvalcaba (Zapotlan el Grande, 1988) es narrador, atlista y profesor de literatura. Ha sido becario del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico en Jalisco y del Fonca. Fue ganador de los premios Nacional de Narrativa Mariano Azuela en 2016, Nacional de Cuento Joven Comala en 2018, Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay y Nacional de Cuento José Alvarado en 2020, y Nacional de Cuento Agustín Yáñez en 2021. Ha publicado los libros de cuentos *El espectador* (Puertabierta editores, 2013), *Me negarás tres veces* (Puertabierta editores, 2017), *La noche sin nombre* (Tierra Adentro, 2018), *Padres sin hijos* (UANL, 2021); el compendio de crónicas *Los niños del agua* (FCE, 2021) y la novela *Todo pueblo es cicatriz* (Random House, 2023).



Gabriel Trujillo Muñoz (Mexicali, Baja California, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Sus temas son frontera, novela policíaca y ciencia ficción.



Claudia Duclaud es escritora, abogada y maestra en literatura y creación literaria mexicana, nacida en una familia de fotógrafos. Es licenciada en Derecho por la Facultad de Derecho de la UNAM y maestra en Literatura y Creación Literaria por Casa Lamm. Su opera prima es *La hija del fotógrafo* (Harper Collins, 2021) que fue elegida como uno de los treinta libros imprescindibles del 2022. También ha publicado la crónica *Tres días y dos noches*, todo incluido (UNAM, 2024), con la que recibió el premio a la dramaturgia destacada en la IV Edición del Festival de Teatro Independiente Drinkyfest. Es colaboradora del portal de literatura y rock Fusilerías.



Eduardo Rojas Rebolledo (Baja California Sur, México, 1970) hace veinte años vive en Galicia. Estudió Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Universidad De Santiago de Compostela. Es autor de las novelas *Y apenas nada* (Editorial Drácena, 2025), *La mujer ladrillo* (FCE, 2016), *Bálano* (FCE, 2012) y *La ruta del Aqueronte* (FCE, 2010), y del relato *El Barcarola* (FCE, 2021). También ha publicado cuento y ensayo. Desde 2020 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



Jesús Nieto es investigador posdoctoral en la Universidad de Guanajuato y escribe poesía, crónica y artículos de opinión.



Arturo J. Flores nació en la CDMX en 1978. Estudió Periodismo en la UNAM y es autor de varios libros de novela, cuento y crónica. Con *"Te lo juro por Saló"* obtuvo el premio nacional de novela Justo Sierra O' Reilly. Conduce el podcast *"Chelas y bandas"* y es editor de *Playboy* en México. En redes, intenta en vano cambiar el mundo como @arturoeditor



Armando Noriega es periodista y gestor cultural. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad del Valle de México, periodismo cultural en PART y creación literaria en la SOGEM. Su trabajo ha sido publicado en medios como *Playboy*, *La Crónica de Hoy*, *El Universal*, *La Jornada* y en *Semanario Punk*, proyecto independiente que dirige y fundó, consolidándolo como un espacio para el arte, la cultura y el pensamiento crítico.



Alejandro González Castillo (@castillogonzalezalejandro) Periodista. Todo oídos. No hay plan B, pero sí estrategia.



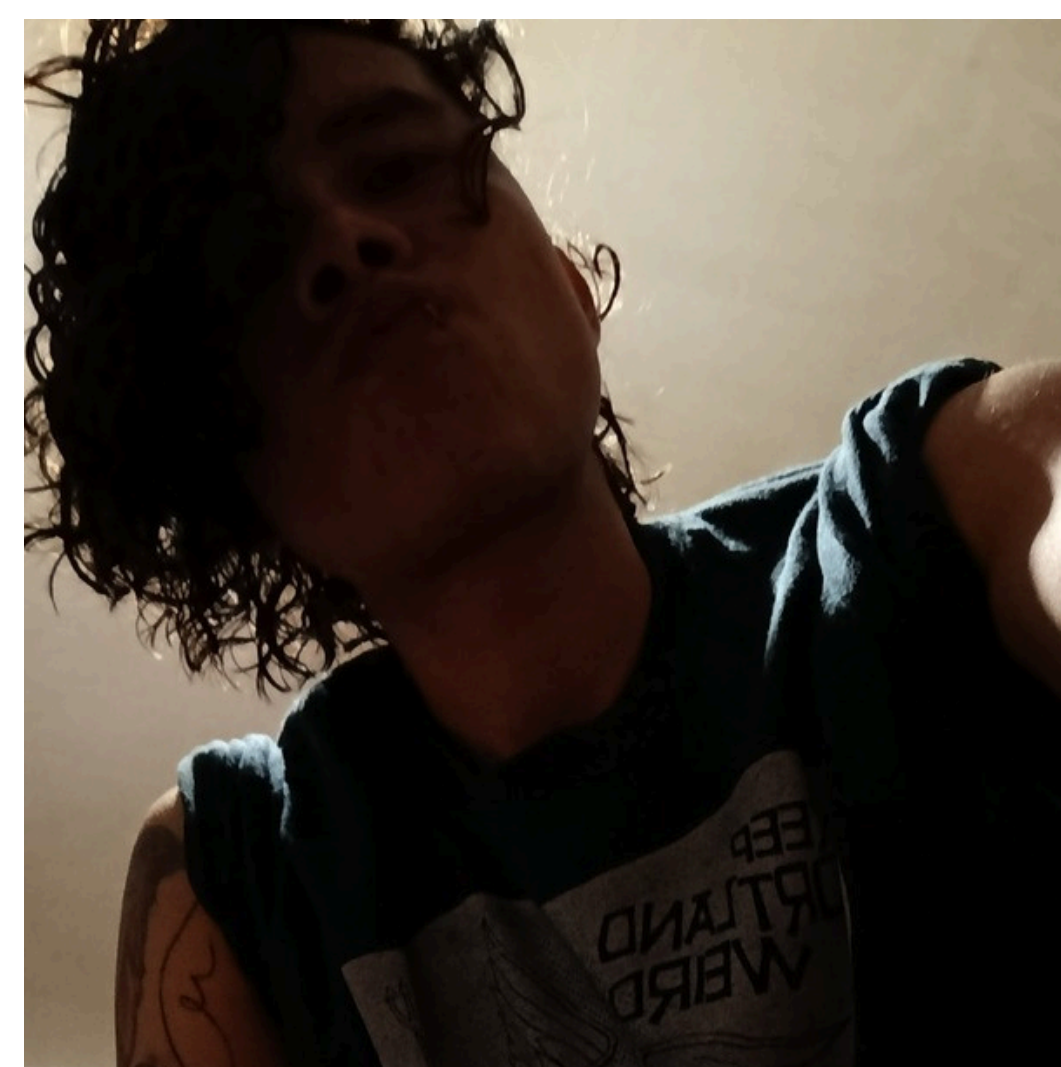
Vanessa Mendez, es Politóloga por la UACM, con enfoque en género, desigualdades, justicia social y análisis político.



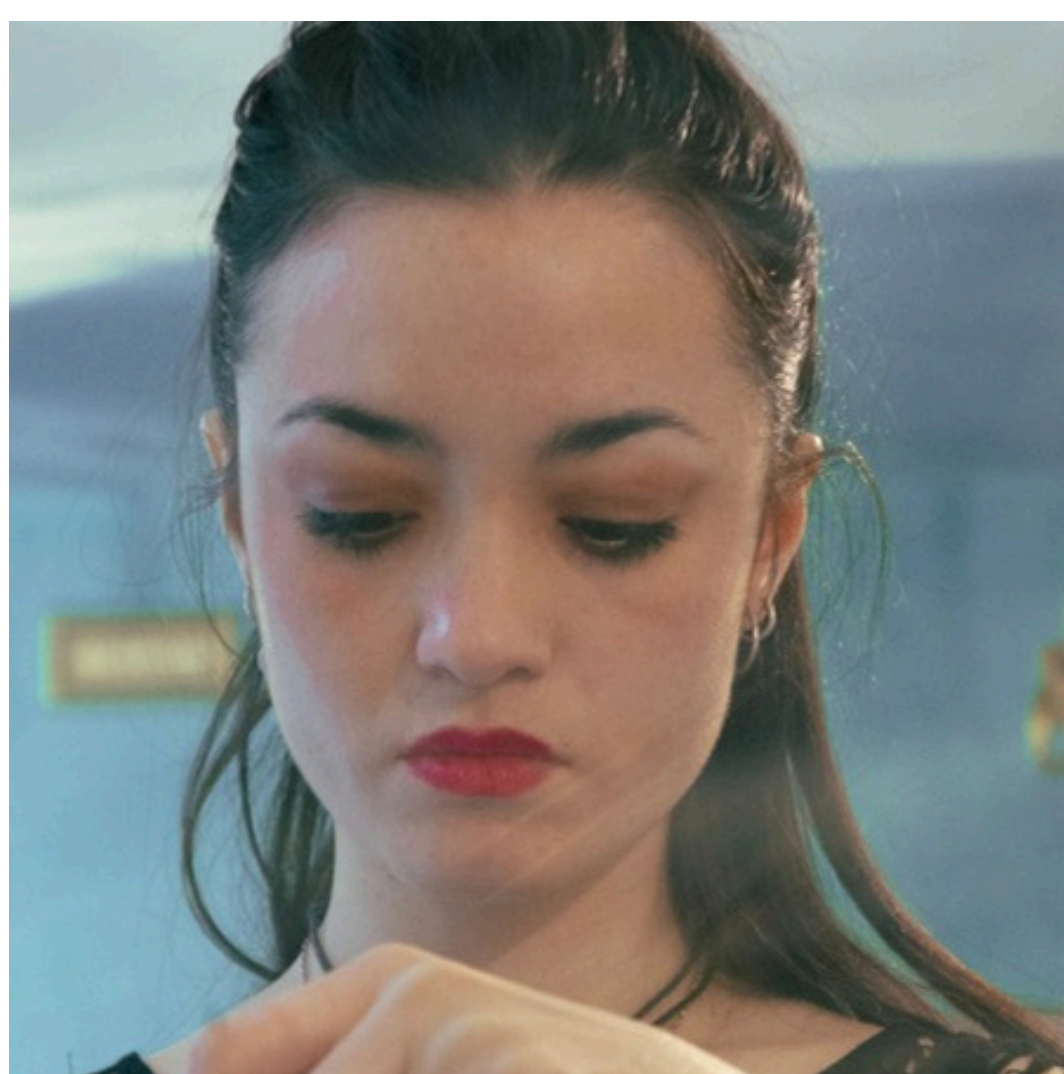
Georcely Trejo Arroyo actualmente es doctorante en Socioantropología, en la Université Paris-Cité, y profesora de piano y canto en la academia Anacours en París, Francia



René Torres Ruiz es doctor en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Barcelona y licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la UNAM. Es profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana. Fue coordinador del programa en la licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública en la Ibero y profesor de asignatura en la licenciatura de Ciencias Políticas y Administración Pública en la facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Además, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel 1.



Arturo Molina anda a dos pies y en dos ruedas. Chismero amateur.



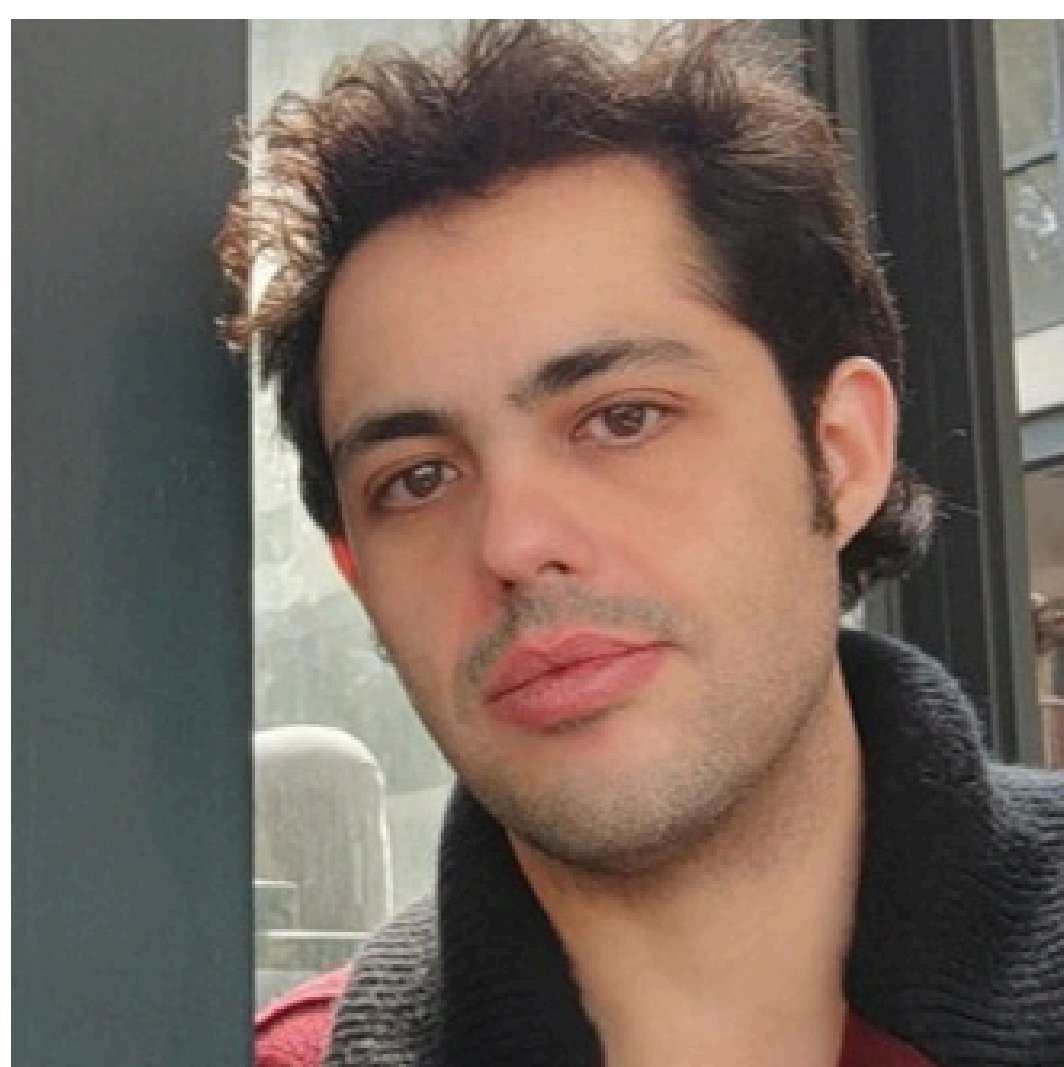
Mariana Moncada Delanda es guitarrista clásica, poeta y estudiante de lengua y literatura inglesas.



Mónica Gamez es montañista, escribe teatro, poesía y narrativa. Estudió en la Escuela de Escritores de SOGEM.



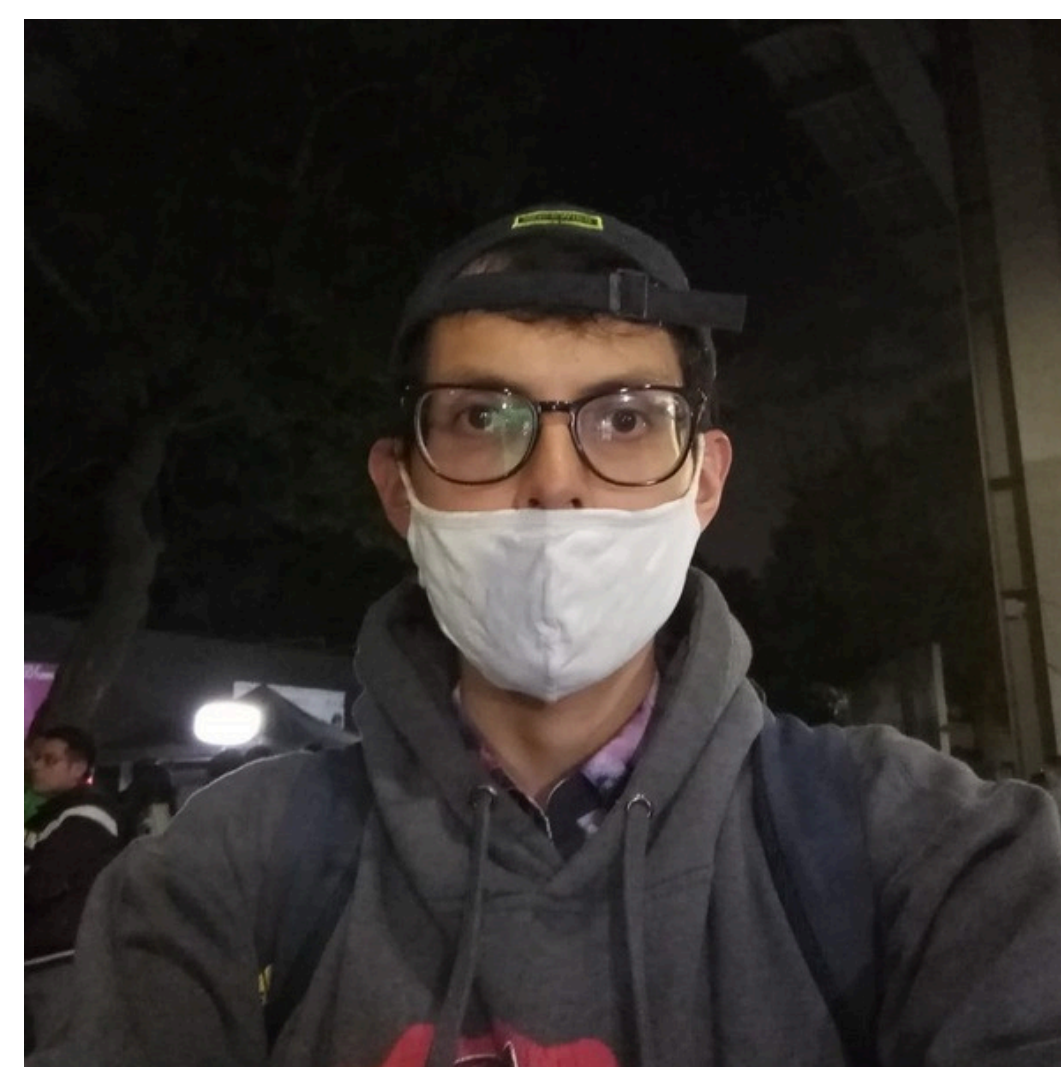
Erick Saldivar es amante de lo incorrecto. Defensor del criterio propio y abolidor de las certezas. Festivalero, también. Siempre con conflicto con la autoridad (menos con mamá).



Essaú Landa Sánchez Demariana es poeta, apasionado de la historia y estudiante de Letras Clásicas.



Sonia Yáñez. Periodista, profesional de la radio y creadora de contenidos digitales. Coautora de una Crónica Sonora del Centro Histórico. Observadora y escritora de esos detalles que a simple vista parecen cotidianos.



Francisco Santoyo Pérez estudió filosofía. Le han publicado textos en diversas revistas literarias.



Jorge Yeicatl/
IG:@desconocido_tour

Fotoperiodista formado en la UACM, inició mi camino colaborando en Somos el Medio y Bitácora CDMX, donde reforcé mi vocación por documentar la ciudad desde sus voces y resistencias. Actualmente formó parte de Fotorock 21, Semanario Punk y Chanekes, proyectos que me han permitido expandir mi mirada hacia la música, la cultura alternativa y las historias que nacen desde el barrio.



Ximena Badillo
Estudiante de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en la licenciatura de Comunicación y Cultura. Fotoperiodista interesada en temas sobre la cultura, lucha social y derechos humanos



Veronica Rojo
Fotoperiodista que, desde la imagen, visibiliza luchas feministas, disidencias y justicia social.

NO. 01

ENERO 2026

SEMANARIO
PUNK

